

América Latina entre tres imperios

14 de octubre de 2024



Osvaldo Coggiola

El imperio ultramarino hispanoamericano, parte del Antiguo Régimen Colonial, mostró su anacronismo a finales del siglo XVIII. España mantuvo burocráticamente unificadas sus posesiones americanas, sin una verdadera interconexión económica. La unificación política de las regiones sirvió para encubrir la falta de unidad real, basada en el intercambio comercial, con una unidad burocrática ficticia. El monopolio colonial de la metrópoli agravó esta característica. Su peculiaridad residía en que «la unificación de España y la conquista de América tuvieron lugar casi simultáneamente. El imperio de América heredó las normas, procedimientos e instituciones del reino de Castilla (basadas en) una teoría política cristiana y tomista que creía en el pecado de todos. La ley era una manifestación de la voluntad de Dios, pero había una brecha, a veces un abismo, entre la ley como ideal y la ley como realidad... El imperio español tenía una cultura política elitista y neopatrimonial. Había una distinción limitada en la América española entre el papel político del súbdito y otros papeles sociales (y) difería de otros sistemas políticos premodernos... El sistema político permitía el cambio siempre que hubiera armonía entre las tendencias modernas y tradicionales. El rápido crecimiento restó esta capacidad al sistema, provocando su colapso”.[\[1\]](#) La caída del Imperio español en América fue parte de una crisis internacional: la

independencia política se precipitó con la invasión napoleónica de la península Ibérica en 1808, que impulsó la demanda de autonomía política de las colonias hispano-portuguesas. Con la aparición de la primera gran potencia mundial capitalista, Inglaterra, y la crisis del Antiguo Régimen europeo como telón de fondo, el sistema colonial iberoamericano se derrumbó casi por completo, un colapso que no tardó ni veinte años en producirse.

El primer golpe contra el régimen esclavista-colonial americano fue la insurrección de Santo Domingo en 1791, consecuencia de la Revolución Francesa, que culminó con la abolición de la esclavitud y la independencia de Haití en 1804.^[2] En la Nueva Granada española, la rebelión negra de Coro en 1796 proyectó peligrosamente sobre las clases dirigentes y la administración colonial la sombra de la revolución de los esclavos en la vecina Haití. Los procesos independentistas latinoamericanos fueron tributarios de los acontecimientos mundiales: «En 1808 se hizo explícito lo que los síntomas venían advirtiéndolo desde 1795, cuando comenzaron las luchas franco-inglesas, que transformaron a Europa y al Atlántico en un campo de batalla interminable, que aisló casi por completo a América de los mercados europeos: las ventajas económicas acumuladas durante la segunda mitad del siglo XVIII comenzaron a agotarse frente al predominio marítimo inglés, que encontraría su coronación en la batalla de Trafalgar en 1805».^[3] Tres años más tarde, el monarca portugués, instalado en Brasil a causa de la invasión napoleónica, decretó la apertura de los puertos brasileños, poniendo fin de facto al monopolio colonial, al mismo tiempo que estallaban los movimientos independentistas en la América española. La revolución independentista se caracterizó por «el desarrollo de ideas cuyo vigor se manifestará resistiendo la acción erosiva del tiempo»,^[4] y tuvo una repercusión mundial. Estaba naciendo un mundo nuevo, el mundo de las naciones y los estados modernos, de la igualdad jurídica entre los ciudadanos. Las luchas por la independencia en Iberoamérica,

sin embargo, no fueron un movimiento homogéneo ni coordinado.

La independencia de los países latinoamericanos no dio lugar a la constitución de nuevos poderes políticos, amplios y centralizados, sino a un período conocido en varios países como «anarquía», en el que sectores sociales enfrentados se disputaban la hegemonía de nuevas unidades políticas, cuya unidad nacional aún no se había logrado, y cuyo territorio aún no estaba definido. Este período duró casi medio siglo en la mayoría de los países (con excepción de Chile, donde el período de luchas internas culminó en la década de 1820): Brasil, que había heredado de la Corona portuguesa la unidad política que garantizaba, también conoció varios levantamientos separatistas: «Frente a la fragmentación de los propietarios rurales -que eran, en la mayoría de los casos, la clase económicamente dominante-, el poder político comenzó a definirse a medida que un sector urbano articulaba el vínculo entre la base agraria y la economía mundial. El ejemplo más evidente parece ser Argentina, donde la unidad se realiza a través del dominio de la burguesía porteña. En algunos países más pequeños, ninguna clase social fue lo suficientemente fuerte como para imponer su hegemonía en una nueva unidad nacional”.^[5]

La revolución democrática en la Península Ibérica, iniciada con la resistencia contra la invasión napoleónica, desencadenó la crisis final del sistema colonial español en América. En octubre de 1810, las Cortes Constituyentes españolas decretaron la igualdad de representación y derechos para americanos y peninsulares, así como la amnistía para todos los que habían participado o participaban en la insurgencia colonial contra la metrópoli. Los representantes americanos en las Cortes exigieron y obtuvieron la abolición de los impuestos indígenas, la encomienda, el reparto, la mita, limitaciones al libre comercio, la pesca y la industria, así como el fin de la trata de esclavos y la liberación de sus hijos.^[6] Todas estas medidas llegaron demasiado tarde en

relación con la situación de las colonias españolas. El primer movimiento independentista en las colonias americanas, en México en 1810, fue protagonizado por un ejército indígena y campesino, dirigido primero por el cura Miguel Hidalgo, y luego por el igualmente sacerdote José María Morelos: «No fue la rebelión de la aristocracia local contra la metrópoli, sino la del pueblo contra la aristocracia local. Esto explica que los revolucionarios dieran más importancia a ciertas reformas que a la independencia misma: Hidalgo decretó la abolición de la esclavitud; Morelos, el reparto de tierras. Fue una guerra de clases: malinterpretaremos su carácter si olvidamos que, al contrario de lo que ocurrió en Sudamérica, nuestra independencia (de México) fue una revolución agraria en ciernes». Este movimiento fue finalmente aplastado por las tropas leales a la Corona española.

Sin embargo, la crisis del sistema colonial español persistió, agravada primero por la ocupación francesa de España (que duró hasta 1814), y después por la toma del poder español por los liberales, opositores a la antigua monarquía: «Se produjo un cambio brusco: ante este nuevo peligro exterior, la alta curia, los grandes terratenientes, la burocracia y los militares criollos buscaron aliarse con los insurgentes que quedaban y completaron la independencia. Fue un verdadero acto de prestidigitación: la ruptura política con la metrópoli se realizó contra las clases que habían luchado por la independencia.» El resultado de la independencia en México fue que los campesinos indígenas se quedaron sin protección legal para defender sus derechos territoriales. Al derrocar al Estado colonial, las Leyes de Indias que protegían a los campesinos desaparecieron, y éstos se quedaron sin la protección legal que defendía el bien más valioso que habían logrado salvaguardar de la conquista española: sus tierras comunales. La certeza de que las leyes de la República atentaban contra la propiedad comunal de los pueblos desencadenó una explosión de los más variados intereses, cuyo denominador común fue lanzarse contra las tierras indígenas.

Los municipios descubrieron artimañas legales que les permitieron reclamar las tierras comunales y los ejidos de los pueblos». [\[7\]](#) El resultado fue catastrófico para el indio mexicano. Transformados en «ciudadanos» bajo la misma forma jurídica que los descendientes criollos de los colonos españoles, perdieron los privilegios concedidos por la Corona española: exención de la alcabala (impuesto individual), obvenciones parroquiales o diezmos.

La revolución anticolonial iberoamericana continuó el ciclo de revoluciones democráticas que se había iniciado en Europa y continuó en EEUU, con características social y políticamente limitadas: «La revolución fue obra de la aristocracia, con o sin el apoyo de la población mestiza. Los indios fueron casi siempre testigos pasivos de los acontecimientos que les sobrepasaban. Eso cuando no tomaron primero partido por España, el amo lejano, contra el criollo, el amo inmediato. La revolución en América Latina, la región más aristocrática de la tierra, fue esencialmente una empresa aristocrática. Esta élite económica e intelectual, en una sociedad donde la presencia de indios y esclavos daba a todo blanco un complejo de superioridad, sufría la exclusión de la administración real y la desconfianza que ésta les mostraba. A estos españoles de raza y cultura se les mantuvo al margen de los altos cargos y de los puestos más honorables y lucrativos. Entre los sesenta virreyes de la historia colonial, sólo hubo cuatro criollos, y sólo catorce entre los 602 capitanes generales. La exclusión que los mantuvo alejados de la alta administración secular también los mantuvo alejados de los altos cargos eclesiásticos». [\[8\]](#)

La toma del poder por los criollos consolidó el sistema productivo en torno al cual giraba la economía colonial: el latifundio. En América del Sur, en las regiones andinas, «las revoluciones criollas de independencia surgieron de los escombros de la gran revolución campesina del siglo XVIII, que había erosionado decisivamente el poder colonial sin lograr

destruirlo. Por eso, en lo que respecta a la cuestión de la tierra y la opresión racial, eran en gran medida herederas del poder español, no de la revolución «tupacamarista». Las distintas facciones surgidas de la independencia boliviana, tan enfrentadas en diversos temas, se unieron cuando estuvieron en juego sus intereses comunes de clase”.[\[9\]](#) Por una ruta diferente, el Río de la Plata (Argentina, Uruguay) llegó al mismo resultado. El poder colonial en esta zona empezó a desmoronarse realmente con las dos invasiones inglesas de 1806 y 1807. Inglaterra, en crisis económica (víctima del «bloqueo continental» de Napoleón) y en plena Revolución Industrial, acababa de perder sus colonias norteamericanas. Buscando una salida, intentó apropiarse de parte del decadente imperio colonial español. Las tropas españolas en el Río de la Plata fueron claramente incapaces de hacer frente a la agresión británica. La resistencia masiva de la población, que derrotó las invasiones, fue organizada por los criollos, que no veían ninguna ventaja en cambiar de amo manteniendo su estatus colonial, al comprobar que los ingleses estaban menos interesados en el libre comercio y más en saquear las riquezas de la colonia. Terminada la embestida inglesa, el Río de la Plata siguió siendo colonia española por poco tiempo: el nuevo virrey español sólo pudo hacerse cargo del gobierno en Buenos Aires garantizando la permanencia de los regimientos creados por los criollos en la lucha contra los ingleses, y la autorización para el libre comercio con Inglaterra (establecida en 1809, casi simultáneamente con la «apertura de los puertos» en Brasil).

La «militarización revolucionaria de Buenos Aires» fue irreversible: al año siguiente (1810) los criollos se hicieron cargo del gobierno a través de los propios organismos creados por la administración colonial (el Cabildo): «En mayo de 1810 la Revolución demostró la fuerza de este nuevo liderazgo y la pérdida de la función gubernamental de los representantes del poder español». [\[10\]](#) La Revolución de Mayo fue el producto de una inestable alianza entre diversas facciones opuestas a la

administración colonial española: fue el fruto de un proceso político en el que confluyeron regimientos patriotas, terratenientes y comerciantes opuestos al monopolio español, con el apoyo del capital británico. Buenos Aires abolió la esclavitud y fue una de las cabezas de playa de la guerra de independencia contra España en Sudamérica, que en algunos casos incluyó la movilización militar de casi toda la población, así como el éxodo de regiones enteras. Frente a Buenos Aires, la causa hispana tuvo su bastión en Montevideo, que contó con la ayuda del Brasil imperial y resistió en esta situación hasta 1814. El éxito de los patriotas argentinos fue rápido, pero fracasaron en la liberación del Alto Perú (actual Bolivia) y en la anexión de Paraguay, que se convertiría en república independiente. Su política librecambista permitió un rápido crecimiento de las importaciones y exportaciones, favoreciendo a los grandes terratenientes del litoral y a la burguesía comercial, pero perjudicando a los sectores pobres y a los pequeños productores del interior, lo que alimentó una división social y política que se manifestó en las «guerras civiles argentinas» desde la década de 1820 hasta, con breves interrupciones regionales y temporales, la década de 1860.

La revolución independentista latinoamericana fue un intento de revolución burguesa dentro de una estructura social precapitalista. A pesar de contar con importantes defensores, el proyecto de crear monarquías en los nuevos países fue derrotado y se impuso el principio republicano, que implicaba el gobierno directo de las clases dominantes de los nuevos países. La independencia fue, pues, una revolución política con limitaciones derivadas de las formas de propiedad en las que los criollos basaban su poder económico. Estas formas debían tanto al pasado colonial como a la división internacional del trabajo generada por el mercado mundial, construido principalmente en torno a los intereses del capitalismo inglés. La base económica de la revolución fue el latifundio, un medio de producir favorablemente para el mercado mundial y apropiarse de la renta diferencial

resultante de la mayor fertilidad natural para ciertas producciones en distintos lugares. En el Río de la Plata, la única forma de alcanzar cierto grado de desarrollo económico y «un lugar en el mundo» era a través de la exportación de cueros y otros subproductos ganaderos (salazones, por ejemplo, ya que no existían métodos para exportarlos frescos). Para que esto fuera rentable, la producción debía realizarse en grandes extensiones territoriales, forma en que se constituyó la estructura productiva del Río de la Plata, al menos aquella capaz de insertarse en el mercado mundial. Si en Argentina el latifundio fue impulsado decididamente por la independencia política, en otros países latinoamericanos, con mayor grado de ocupación territorial durante la colonia, simplemente se conservó.

Este fue el elemento de continuidad con el pasado colonial que marcó la sociedad creada por la independencia política de los países latinoamericanos. En la construcción del Estado latinoamericano se superpusieron dos tareas: la conquista de la unidad territorial y la integración de las diversas clases de la nueva sociedad independiente. Ambas se abordaron de forma contigua al orden colonial: respeto a la antigua división administrativa de las regiones y a la estructura jerárquica de las formaciones sociales.[\[11\]](#) La independencia no fue una lucha contra un orden basado en privilegios sociales. No se trataba de establecer nuevas relaciones de producción, sino de restablecer el orden de la gran propiedad rural bajo formas republicanas. Sin embargo, lo que los protagonistas percibieron como una restauración enmascaraba un cambio de importancia histórica. La coerción extraeconómica del Pacto Colonial fue sustituida en el comercio exterior por un intercambio entre partes libres o iguales, al mismo tiempo que se desarrollaba el capitalismo en Europa. La «restauración» del orden social tradicional tuvo lugar dentro de los límites de la nueva división internacional del trabajo provocada por la Revolución Industrial. La transformación de las antiguas colonias en sociedades independientes modificó su

relación con el mercado mundial, pero también cambió las relaciones entre las clases de los nuevos países, porque la clase poseedora, la aristocracia criolla, se convirtió en la clase dominante, disfrutando plenamente del poder del Estado y pudiendo utilizarlo en sus relaciones con las clases explotadas.

El limitado alcance social de las revoluciones independentistas, en cambio, fue aprovechado por la reacción española, que movilizó a su favor a los sectores más desfavorecidos de las colonias, lo que llegó a comprometer la lucha por la independencia. Ya hemos mencionado dos de los tres focos principales de las guerras de independencia americanas: México (foco cuya influencia se extendió a gran parte de Centroamérica) y Buenos Aires (que influyó directamente en Bolivia, Chile y Perú, así como en el Virreinato del Plata). El tercer foco independentista fue Venezuela, centro de la lucha por la independencia de la Gran Colombia, establecida en 1819 por el Congreso de Angostura, mediante la «Ley Fundamental de la República», para la unión de Venezuela y Nueva Granada en una sola nación como República de Colombia, a la que pronto se unieron Panamá y Ecuador. Desde las reformas borbónicas, el virreinato venezolano había conocido un fuerte desarrollo de sus exportaciones (en la segunda mitad del siglo XVIII ya era el mayor exportador mundial de cacao) y una prosperidad económica que sólo beneficiaba a una pequeña parte de su población de aproximadamente un millón de habitantes, la inmensa mayoría formada por esclavos negros, zambos, mulatos e indios, mantenidos en la extrema pobreza.

En Sudamérica, en la década de 1820, los ejércitos libertadores rodearon la fortaleza española. A la proclamación de independencia de Perú por José de San Martín en 1821 siguió la toma de Quito por Sucre. Finalmente, en 1824, los españoles fueron derrotados en el Alto Perú por el general Sucre en la batalla de Ayacucho. Con la liberación de Centroamérica, toda

la América española (salvo las islas de Cuba y Puerto Rico, que permanecieron bajo dominio español) quedó en manos de los criollos. Con el derrocamiento del colonialismo español, el comercio legal con Inglaterra fue el más ventajoso para la burguesía exportadora local, que comenzó a disfrutar de los beneficios económicos derivados de la dirección del Estado. En 1824, el canciller británico, Lord Canning, declaró: «América [Latinoamérica] es libre y, si no manejamos mal nuestros asuntos, es inglesa». Esta declaración precedió al período de conflictos internos en el continente americano, con «gestión» británica abierta o encubierta, que duraría casi medio siglo, en el que los sectores dominantes locales se enfrentaron por el poder político.

Otro canciller europeo -el historiador François Guizot (1847-1848)- declaró en la Cámara de Diputados francesa: «Hay dos grandes partidos en los Estados de América Latina, el partido europeo y el partido americano. El partido europeo, el menos numeroso, comprende a los hombres más ilustrados, los más familiarizados con las ideas de la civilización europea. El otro partido, más apegado a la tierra, imbuido de ideas puramente americanas, es el partido rural. Este partido quiere que la sociedad se desarrolle por sí misma, a su manera, sin préstamos, sin relaciones con Europa”.[\[12\]](#) Sin embargo, los intentos de avance francés fueron limitados, y Francia siguió siendo una potencia colonial marginal en América (con sus posesiones en Martinica, Guadalupe y Guyana). La embestida británica se repitió tras el fin de las guerras napoleónicas (en 1815), llegando hasta las islas Malvinas, cuya ocupación por Inglaterra no fue un episodio secundario: formaba parte de los intentos de establecer dominios británicos en el Atlántico Sur. En agosto de 1832, el Primer Ministro británico, Lord Palmerston, ordenó al contralmirante Thomas Baker, jefe del destacamento sudamericano de la marina británica, que preparase la ocupación inmediata de las «Falklands», que se llevó a cabo en 1833 y ha llegado hasta nuestros días.

En una carta a Madame de Staël de septiembre de 1816, uno de los padres fundadores de la independencia estadounidense, Thomas Jefferson, se refería a Sudamérica a partir de la fragmentaria información de que disponía: «Todo el continente austral está sumido en la más profunda ignorancia y fanatismo religioso, un solo sacerdote es más que suficiente para oponerse a todo un ejército»; aunque también señalaba que el bajo clero, «tan pobre y oprimido como el pueblo, se unía muy a menudo a la causa de los revolucionarios». Jefferson continuó diciendo que «su causa habría sido inútil desde el principio, pero cuando se establezca la independencia, la misma ignorancia y fanatismo los hará incapaces de formar y mantener un buen gobierno, y es doloroso creer que todo terminará en despotismos militares bajo los Bonaparte de la región». Jefferson concluyó: «La única perspectiva reconfortante que ofrece este sombrío horizonte es que estos movimientos revolucionarios, habiendo absorbido el sentido común que la naturaleza ha implantado en cada individuo, podrán avanzar hacia las luces de la razón ilustrada, se volverán sensibles a sus propios poderes y, a su debido tiempo, podrán constituir normas de libertad y obligar a sus líderes a observarlo».[\[13\]](#)

La revolución de independencia creó una nueva sociedad política en América Latina, opuesta a la vieja sociedad colonial. Las limitaciones políticas y sociales de los líderes de la lucha por la independencia, los libertadores, provenían de la clase social (terratenientes o intermediarios comerciales) de la que surgieron, es decir, de la falta de una clase burguesa revolucionaria (compárese su actitud reaccionaria hacia los indios y los negros con la actitud de los jacobinos de la Revolución Francesa hacia la esclavitud o el campesinado analfabeto). De ahí el vacío político en el que cayeron sus proyectos «continentales»: «Los pensadores más utópicos del continente soñaban con crear un Estado panamericano. De manera más práctica, Simón Bolívar propuso cuatro o cinco países de buen tamaño».[\[14\]](#) Todos estos

proyectos fracasaron: no hubo una clase que pusiera en la agenda política la cuestión de la creación de un gran Estado moderno, con vistas a un amplio desarrollo económico interno, aunque Inglaterra no mostró hostilidad hacia este proyecto, e incluso simpatizó con él (algunos sectores del Parlamento).

De ahí el drama final y la soledad de las vidas de los libertadores (José de San Martín en el exilio francés, donde murió en 1850; Simón Bolívar en su «laberinto» de soledad, según la metáfora de Gabriel García Márquez). Y de ahí también el carácter no democrático (monárquico -San Martín- o dictatorial -Bolívar-) de sus proyectos políticos, criticado por Karl Marx en el caso de Bolívar (a quien calificó de «separatista sí, demócrata no», y caricatura colonial del bonapartismo).[\[15\]](#) Marx despreció el intento bolivariano de convocar un «Congreso Americano». La aristocracia criolla sólo se hizo «independentista» en el contexto de la crisis mundial: «Se unieron al partido independentista sólo cuando corrieron el riesgo de recibir órdenes de España demasiado liberales y susceptibles de provocar cambios nítidos»,[\[16\]](#) debido al inicio de una revolución democrática en la metrópoli (las juntas españolas) contra la invasión napoleónica. Y de ahí, finalmente, el carácter conservador y políticamente limitado del Congreso Continental de Panamá, el Congreso Anfictiónico de 1826, convocado por Simón Bolívar, al que asistieron pocos países, que no convocó ni al Paraguay del Dr. Francia ni a la peligrosa «república negra» de Haití, y que ni siquiera puso en su agenda política la cuestión de la independencia de las supervivencias coloniales españolas de Cuba y Puerto Rico.[\[17\]](#) Según Juan Bautista Alberdi, formulador de las Bases de la Constitución Argentina, Bolívar habría dicho que «los nuevos estados de la América prehispánica necesitan reyes con nombre de presidentes».[\[18\]](#) Los procesos independentistas fueron liderados por intelectuales procedentes de los escalones inferiores de la administración colonial (en el Alto Perú), por la aristocracia criolla (en Quito y Venezuela), o por las clases urbanas vinculadas a las actividades mercantiles (en

Chile y el Río de la Plata).

Sólo México mostró la particularidad de una rebelión popular encabezada por las masas mestizas, que cercaron la ciudad de México, cimentando la lucha por la independencia. Miguel Hidalgo proclamó inicialmente la libertad de los campesinos indígenas y la abolición de la esclavitud; cuando Hidalgo fue derrotado por los españoles, José María Morelos retomó su programa, propugnando la abolición de toda distinción entre clases sociales. La revolución popular mexicana fue abortada por la reacción de los españoles con la colaboración de la aristocracia y la burguesía locales, que sólo proclamaron la independencia en 1821, sin la molesta presencia del pueblo, con Agustín de Iturbide.[\[19\]](#) En 1823, Estados Unidos proclamó la «Doctrina Monroe», oponiéndose a cualquier intento de intervención militar o colonial europea en el continente americano. La independencia de México había sido proclamada poco antes por el general Iturbide, que se convirtió en emperador del país con el nombre de Agustín I. Un año después fue obligado a abdicar y, cuando intentó recuperar el poder, fue ejecutado, adoptando finalmente el país un régimen republicano. Las revoluciones independentistas estuvieron determinadas por la crisis de las metrópolis europeas, en el proceso originado por la Revolución Francesa y sus consecuencias internacionales, y por la guerra de independencia norteamericana. También formaron parte de las contradicciones y luchas de clases que se desarrollaron en las colonias, lo que las convirtió en un eslabón del ciclo de la revolución democrática internacional. Las «Juntas de Gobierno» americanas se hicieron eco de las «Juntas» que marcaron el inicio de la revolución democrática en España. Las guerrillas antifrancesas en la Península Ibérica no estaban desconectadas de las guerrillas de los patriotas americanos en los Andes contra las tropas metropolitanas: había dos vertientes del liberalismo español, centradas en las Cortes de Cádiz, la peninsular y la americana, cuyos representantes participaban activamente en los debates de la asamblea española.[\[20\]](#)

Las luchas anticolonialistas hispanoamericanas combinaron la proclamación de la independencia por las propias autoridades coloniales (como ocurrió en Guatemala) con la movilización de las masas con métodos de guerra revolucionaria, como en el vaciamiento de las ciudades argentinas de Salta y Tucumán por los patriotas; en la lucha de Artigas y el «sistema de pueblos libres» en Uruguay y la Mesopotamia argentina; en la lucha de los gauchos de Martín Miguel de Güemes en el norte del mismo país, o los revolucionarios de La Paz (dirigidos por Murillo) en el Alto Perú en 1809: «A juzgar por sus resultados, los Libertadores no merecen el desprecio de sus detractores. Todos ellos parecen haber sido perseguidos por un destino que anticipaba el sufrimiento que les esperaba. Miranda, traicionado por sus partidarios, murió abandonado en una prisión española; Bolívar, tuberculoso y desilusionado en un pueblo perdido de la costa colombiana; San Martín, aplastado tras dos décadas de exilio; O'Higgins, marginado y exiliado, murió la víspera de regresar a su país [Chile]; Iturbide fue detenido y ejecutado en una remota ciudad de provincias. Los hombres que vinieron después no tuvieron la misma estatura”.[\[21\]](#)

La guerra de independencia fue socialmente heterogénea: hubo rebeliones campesinas contra las élites criollas con débil apoyo entre los sectores populares, especialmente entre los negros e indios urbanos que a veces tendieron a alinearse con los españoles. Las oligarquías consiguieron controlar el proceso revolucionario, evitando un enfrentamiento paralelo entre pobres y ricos. En el momento de la independencia, la clase dominante experimentó un miedo paralizante a que se repitiera la revuelta indígena-campesina del siglo XVIII o la exitosa revuelta negra de Haití. Una vez en el poder, la oligarquía se apresuró a abolir el pongo y la mita instituidos por los españoles, instituciones de trabajo forzado para los indígenas, con el fin de neutralizar, sobre todo, la posibilidad de una revuelta de los sectores más explotados de la colonia; así como a abolir la esclavitud y la tortura del

Santo Oficio (como se hizo en Argentina en 1813). La vertiente plebeya o «jacobina» del proceso independentista americano, presente en varios lugares, fue derrotada en los procesos de normalización política hegemonizados por las clases económicamente dominantes de las antiguas sociedades coloniales (la oligarquía agraria y la burguesía comercial de las capitales), sobre cuya base surgieron las modernas naciones latinoamericanas.

En el caso de Brasil, fue la propia corona portuguesa, instalada en el país a raíz de las invasiones napoleónicas, la que proclamó la independencia política del país, no sin derrotar manu militari a los movimientos que aspiraban a la independencia sobre bases republicanas y populares, como los cabanos y farroupilhas. El jacobinismo latinoamericano fue derrotado en sus inicios, como ocurrió con Toussaint L'Ouverture en Haití, pero sin su presencia y acción decisiva, la independencia política del continente se habría visto comprometida o simplemente imposibilitada. En 1825, tras las guerras de independencia de la América española, sólo quedaban bajo dominio español las islas de Cuba y Puerto Rico. Portugal perdió todas sus posesiones americanas, mientras que Francia conservó importantes territorios (Guyana y las islas de Guadalupe y Martinica en el mar Caribe). En Paraguay, el gobierno de Gaspar Rodríguez de Francia (1814-1840) sentó las bases de una economía aislada y controlada por el Estado, incluida la educación pública, en una versión tardía del «despotismo ilustrado». Con la independencia americana, el principio de las nacionalidades cruzó el océano Atlántico: el mundo de las naciones nació como la forma político-estatal del mundo del capital, como su expresión tanto en las relaciones internas como en las internacionales. La independencia americana impulsó esta tendencia, aunque en «América Latina» las relaciones de producción capitalistas eran sólo embrionarias y coexistieron durante mucho tiempo con relaciones precapitalistas y clases dominantes no burguesas (en el sentido moderno, industrial) que los «Libertadores» (de

estas clases) fueron incapaces de superar políticamente.

Tras la independencia, el primer intento de unión latinoamericana, el Congreso Anfictiónico de 1826, terminó sin resultados prácticos ni gloria. Poco después, Simón Bolívar escribió al general Páez: «El Congreso de Panamá, que debería ser una institución admirable si fuera más eficaz, se parece a aquel loco griego que quiso dirigir las naves de vela desde una roca. Su poder será una sombra y sus decretos meros consejos».[\[22\]](#) Las nuevas élites políticas de las naciones americanas no lograron sentar las bases de una gran nación. La división de la Gran Colombia anticipó el fracaso de otros intentos unificadores y la crisis final de los proyectos bolivarianos: las fuerzas dispersivas eran mucho más fuertes y apremiantes que las que impulsaban la unidad. Los intereses más fuertes no estaban orientados hacia el mercado interno, sino hacia el mercado mundial, y las clases con intereses internos eran pequeños productores, dispersos, con poca fuerza política y sometidos a la competencia de las manufacturas extranjeras. La independencia política de América Latina llegó en un momento en que el desarrollo colonial ya no tenía nada que ofrecer a ninguna de las clases de las sociedades iberoamericanas. Los proyectos más firmes para la unidad de unas regiones que pronto se dividirían eran los que favorecían la coronación de las monarquías con alguna figura de origen europeo o incluso inca, promovidos por diversos líderes independentistas.

La tesis de que una sola nación latinoamericana fue posible en el proceso de independencia tropieza con la ausencia de un esquema común de desarrollo económico, con alguna tendencia hacia un mercado nacional, en los vastos territorios de América colonizados por los ibéricos: «Nadie puede decir seriamente que la América colonial fue una gran nación latinoamericana, porque sería como decir que la India y América del Norte fueron una sola nación, porque ambas pertenecieron a la Corona británica. Las colonias americanas

de España tenían en común el hecho de pertenecer a la misma monarquía y tener una lengua y una religión comunes. Pero no había unidad económica -la base sustancial de la nación, sin la cual la lengua y otros elementos subjetivos son impotentes- y ni siquiera unidad administrativa. La unidad que existía en el Imperio hispanoamericano era, desde el punto de vista de la unidad nacional, prácticamente nula. España no pudo establecer un gobierno único en sus colonias americanas ni convertirlas en un único virreinato, porque la extensión y variedad del territorio se lo impedían». [\[23\]](#)

La dirección política y militar de la independencia latinoamericana sufrió las limitaciones de la aristocracia criolla, aunque políticamente iba un paso por delante de ella: se mostró incapaz de apoyarse en otras clases sociales, que en diversos momentos de la guerra por la independencia intentaron darle un contenido social diferente, la «república negra» de Haití, el México indígena de 1810, Paraguay o el Uruguay de Artigas. La idea de la unidad política de América Latina había surgido de un «espíritu de época»: «Bolívar, Sucre, San Martín, lucharon no sólo por sus propias provincias nativas, sino a través de todo un continente, para emancipar tierras lejanas o vecinas, en un espíritu de hermandad regional». El ciclo de luchas hispanoamericanas se prolongó hasta la tercera década del siglo XIX. Para entonces, en la propia Europa, el patriotismo y el cosmopolitismo de la Ilustración se habían agotado por la corrupción de sus ideales durante la expansión militar napoleónica". [\[24\]](#) La tendencia a la fragmentación política fue impuesta por la ausencia de una burguesía interesada en poner fin a las formas precapitalistas de explotación del trabajo, así como en el latifundio, el desarrollo de la industria y la creación de un amplio mercado interno: la revolución democrática en América Latina fue incompleta e inacabada.

Los líderes revolucionarios reflejaban en sus contradicciones la impotencia de la burguesía criolla. Francisco de Miranda,

precursor de la independencia, escribió, ante la revuelta de negros y esclavos en Haití y las rebeliones campesinas andinas: «Sería mejor que las colonias permanecieran otro siglo bajo la bárbara y vergonzosa opresión de España». Bolívar, más audaz que su mentor, heredó de éste el miedo a la «revolución de los colores» (negros, mulatos y mestizos): «El temor de que la emancipación de los esclavos diera origen a un Haití continental paralizó a la mayor parte de la oposición criolla».[25] En plena campaña militar por la independencia, José de San Martín escribió: «Lima, donde la parte inculta de la sociedad es tan numerosa (especialmente los esclavos y los negros) y al mismo tiempo tan formidable... Las clases bajas han adquirido un predominio indebido y comienzan a manifestar una peligrosa predisposición revolucionaria.» Simón Bolívar coincidía: «El Perú no está en condiciones de ser gobernado por el pueblo. ¿De qué está compuesta la población, sino de indios o de negros? Las diversas clases de habitantes consideran que tienen iguales derechos y como la población de color supera con mucho a la blanca, la seguridad de esta última está amenazada.» Hegel, contemporáneo de ambos, afirmaba que «en América del Sur y en México, los habitantes que poseen el sentimiento de independencia, los criollos, nacieron de la mezcla con españoles y portugueses. Sólo ellos han alcanzado el elevado sentimiento y deseo de independencia. Son pocas las tribus indígenas que sienten lo mismo. Hay noticias de poblaciones del interior que se unen a los esfuerzos por formar estados independientes, pero es probable que no haya muchos indígenas puros entre ellos».[26] De hecho, la rebelión indígena tupacamarista de finales del siglo XVIII planteó la cuestión de la independencia americana, y tribus de la Pampa y la Patagonia ofrecieron apoyo militar a los criollos argentinos en su lucha.[27]

En estas condiciones, prevalecieron los intereses localistas de la aristocracia agraria, centrados en el monocultivo primario minero-exportador y sin ningún interés en la constitución de unidades nacionales fuertes basadas en un

mercado interior. La fragmentación política, sin embargo, fue un factor de la crisis de las nuevas naciones. A los nuevos amos del mercado mundial les interesaba, como en el pasado, obtener dinero en efectivo y no simplemente productos. La fragmentación del antiguo imperio colonial había aislado a regiones enteras de sus fuentes de metales preciosos (fue el caso, por ejemplo, del Río de la Plata, que se vio privado de casi todo metal circulante durante quince años tras la independencia de las «Provincias Unidas del Sur»). Además, en las zonas productoras, el ritmo de exportación era más rápido que el ciclo de producción: fue el caso de Chile tras la independencia del país. El nuevo Estado, productor de plata y oro, era incapaz de mantener la cantidad de efectivo que necesitaba para su comercio interior.

En consecuencia, los nuevos países latinoamericanos fracasaron en su intento de desarrollar economías capitalistas independientes: surgieron de un proceso de independencia rápido, en comparación con Asia y África, pero tuvieron acceso demasiado tarde a los métodos de acumulación primitiva de capital y a masas de trabajadores libres, condiciones previas para el desarrollo capitalista. La ausencia de una «burguesía industrial emprendedora» fue una consecuencia. Sin embargo, el simple contraste de los vanidosos nobles ibéricos en Perú o México derrochando oro y plata en lujos, en contraste con los austeros y trabajadores colonizadores anglosajones, es simplista y cuestionable. David A. Brading observó que bien diferenciaba la Ciudad de México del siglo XVIII del Boston de la época. Los talleres textiles de Ciudad de México, capitalizados con los beneficios de la minería, eran más avanzados que los de Boston. [\[28\]](#) Los españoles y sus descendientes criollos habrían sido capaces de impulsar el desarrollo capitalista a pesar de no profesar la doctrina protestante. La división (o «balcanización») de América Latina se basó en las limitaciones de la aristocracia y en la presión exterior. La nacionalización de los ingresos procedentes de las exportaciones y el fin de la explotación colonial

favorecieron el desarrollo de una sociedad independiente, pero no impidieron la dependencia económica; según Halperin Donghi: «Inglaterra es la heredera de España, y goza de una situación de monopolio, defendida más por medios económicos que jurídicos, que se consigue muy fácilmente en la práctica, al obtener los mejores y más altos beneficios de un tráfico marítimo mantenido a un nivel relativamente estable». La América española de 1825 no era la misma que la anterior a 1810, la expansión del comercio ultramarino fomentó el consumo y la industria extranjera asestó serios golpes a la artesanía local».

Desde el punto de vista económico, hubo continuidad entre el periodo colonial del continente y su fase independiente. De la extracción de metales se pasó a la explotación agrícola y ganadera, a través de la cual cada país, articulándose con el sistema económico internacional, se identificó con un producto comercial determinado. Centroamérica se especializó en el suministro de frutas tropicales; Ecuador, de bananas; Brasil y Colombia, de café; Cuba y el Caribe, de azúcar; Venezuela, de cacao; Argentina y Uruguay, de carne y lana; Bolivia se convirtió en proveedor de estaño y Perú, de pescado, guano y salitre. La crisis económica y financiera internacional de principios del siglo XIX agudizó las disputas internas, lo que facilitó la intervención, no de la exhausta España, sino de la dinámica Gran Bretaña, en la configuración del mapa político de América Latina: «La aspiración británica no era obtener el dominio político directo, que conllevaría costes administrativos y la comprometería en las violentas luchas de las facciones locales. Por el contrario, se proponía dejar en manos de los norteamericanos los honores y las cargas de gobernar esas vastas extensiones de tierra, junto con la producción y buena parte del comercio local. Todo esto no significa falta de puntos de vista claros y firmes, ni timidez a la hora de imponer su voluntad”.^[29]

Inglaterra se dio cuenta de que los cambios introducidos por

las revoluciones independentistas eran irreversibles y estaba dispuesta a imponer sus intereses económicos adaptándolos a la nueva situación, dejando de lado a sus rivales o competidores europeos. La «firmeza» inglesa era necesaria cuando se trataba de oponerse a la creación de unidades nacionales fuertes. Así ocurrió con la separación de Uruguay de Argentina durante la Guerra Cisplatina (1828) entre Argentina y Brasil: Inglaterra impuso una solución apoyando la constitución de un Estado tapón, que retiró al gobierno de Buenos Aires el control político del sistema fluvial más importante de Sudamérica. Con el Tratado de Paz entre Argentina y Brasil, bajo mediación diplomática británica, se creó el Estado de Montevideo, a partir del cual nació Uruguay. Posteriormente, en dos ocasiones (en 1838 y 1846) la flota británica bloqueó Buenos Aires para imponer sus puntos de vista (que fracasaron debido a la resistencia argentina). Más al norte, Andrés Santa Cruz, hijo de un oficial realista y de una indígena, destacado jefe del ejército de Bolívar, intentó continuar el proyecto unificador al frente del gobierno de Perú, después de que el Libertador hubiera abandonado Lima. Más tarde, asumió también el gobierno de Bolivia, intentando resolver los conflictos creados tras la renuncia de Sucre. En 1836, Santa Cruz firmó un tratado de unión entre Bolivia y Perú, que duró poco. La Confederación Peruano-Boliviana fue el último intento de realizar la creación de un gran Estado sudamericano con salida al Pacífico.

En Centroamérica, el proceso de fragmentación política se generalizó y el intervencionismo británico adquirió un carácter abierto. En los últimos episodios de la guerra de independencia se produjo una casi fusión entre la élite criolla y la administración colonial. En los últimos años del dominio español en Centroamérica, el Virreinato de Guatemala comprendía las provincias de Honduras, Guatemala, Chiapas, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. En Ciudad de Guatemala, su capital, se declaró la independencia en septiembre de 1821, y pocos meses después estos territorios se incorporaron a

México. A excepción de Chiapas y Soconusco, el resto de las provincias pronto se separaron para formar la Federación de Centroamérica. La presencia británica en Centroamérica había crecido en las últimas décadas del periodo colonial con el comercio ilegal y el contrabando, principalmente en Costa Rica, controlado desde Belice y las colonias británicas del Caribe.[\[30\]](#) El interés de Gran Bretaña era más una cuestión de estrategia que de interés económico directo. Además de la ruta interoceánica, estaba la búsqueda del control de los circuitos comerciales en el resto de América. Los pocos británicos residentes en Centroamérica se dedicaban al comercio de exportación e importación.

El dominio indirecto, en alianza con los indígenas, se convirtió en un instrumento político para consolidar la presencia inglesa. El modelo colonizador de la presencia británica en el istmo centroamericano fue estratégico, como lo demuestran los casos de Belice y la costa atlántica de Nicaragua, así como ciertas regiones del Caribe. A partir de 1838, el cónsul inglés Chatfield se declaró enemigo de la Unión Centroamericana. La organización de una república vasta y fuerte podía poner en entredicho las posesiones y pretensiones territoriales británicas. La misión que el Foreign Office británico encomendó al cónsul era extender la influencia británica por toda América Central. Los confederados centroamericanos enviaron una misión a Inglaterra pidiendo la destitución y castigo de Chatfield. Lord Aberdeen, el ministro británico de Asuntos Exteriores, escuchó a los delegados, pero se negó a imponer sanciones a un funcionario que se limitaba a cumplir sus órdenes. Otro medio de destruir el intento unionista, la Confederación Guatemalteca, consistía en una asociación de estados centroamericanos cuyo núcleo sería Guatemala, desde donde Inglaterra extendería su influencia.

No sólo Inglaterra estaba interesada en la región. En 1846, los financieros estadounidenses White y Vanderbilt buscaron

contactos con el gobierno nicaragüense. El gran auge del comercio internacional había renovado la carrera por el canal interoceánico. Los «nuevos unionistas» centroamericanos pensaron que obtener la protección estadounidense a cambio de una simple franja de tierra era una perspectiva aceptable. Entre 1848 y 1849 se firmaron cuatro tratados entre EEUU y Nicaragua, Honduras, Colombia y un grupo de «liberales unionistas» de Guatemala. Las condiciones eran siempre las mismas: reconocer a Estados Unidos el derecho a una franja de tierra para la construcción del canal interoceánico, a cambio de apoyo contra la injerencia británica. En 1849, Inglaterra ocupó parte de Honduras, obligando a Estados Unidos a firmar el Tratado Clayton-Bulwer, totalmente contrario a la «Doctrina Monroe» (de 1823) al reconocer los derechos territoriales ingleses sobre Centroamérica. Los unionistas enviaron tropas a Guatemala, que fueron derrotadas por el hombre fuerte del país, Rafael Carrera, apoyado por los británicos. Trinidad Cabaña, presidente de Honduras en 1852, intentó convencer a sus vecinos de que se atuvieran al tratado unionista de 1849: fue derrotado por las fuerzas conjuntas de El Salvador, Guatemala y Nicaragua.[\[31\]](#)

Un tratado anglo-estadounidense estableció el compromiso de ambas potencias de respetar la libertad de navegación, renunciando a cualquier aspiración de dominio absoluto sobre la futura ruta interoceánica, a colonizar cualquier zona de Centroamérica y a apoyar conjuntamente a la compañía que acometiera la construcción del canal. El canciller Palmerston instó a los banqueros ingleses a apoyar a la compañía de Cornelius Vanderbilt, pero un incidente en la costa de Mosquito entre un barco de la compañía americana (el Prometheus, en el que viajaba el propio Vanderbilt) y un buque de guerra británico puso fin al idilio, desencadenando una crisis política en Inglaterra que precipitó la dimisión de Old Palm. Derrotados o domados los unionistas, los conservadores permanecieron en el poder en los distintos países. En el Caribe, Cuba, gracias a la composición de su clase dirigente

colonial y a la extraordinaria prosperidad económica que le proporcionaba el azúcar, se mantuvo junto a las demás islas caribeñas como colonia y principal posesión del peligroso Imperio español: «En el proceso de formación de lo que se llamó Cubanidad, la primera generación que se planteó la cuestión en términos evolutivos, evitando un enfrentamiento que hubiera puesto en peligro la prodigiosa prosperidad, estuvo constituida por los jóvenes que se dieron a conocer en los años de la restauración absolutista [en España] que siguieron a 1823”:[\[32\]](#) en su estela se reclutaron los hombres que iniciarían la guerra por la independencia en 1868.

En toda América Latina, la conquista de la independencia política abrió el camino a la expresión más libre de las contradicciones sociales. Fracasaron los proyectos que proponían el fin de las diferencias de casta y la reforma agraria mediante el reparto de los latifundios rurales entre los indios y los mestizos pobres. A partir de este momento, la oligarquía latinoamericana se volvió profundamente conservadora en sus luchas contra los campesinos, junto con la Iglesia católica.[\[33\]](#) En América del Sur, con la disolución de la Gran Colombia, la República de Nueva Granada, proclamada en 1830, se encontró con una economía sumida en el atraso: la agricultura era la misma que desde el proceso colonial; la industria, la manufactura y el artesanado no lograban recuperarse de los golpes recibidos con las reformas borbónicas; el comercio interior era incipiente debido a la falta de vías de comunicación que integraran al enorme país; el comercio internacional era prácticamente inexistente. La tarea a la que se enfrentaba la clase dirigente era crear las condiciones para impulsar el desarrollo económico. El proteccionismo estatal, practicado entre 1831 y 1845, permitió el desarrollo de «algunas fábricas de vajilla, porcelana, papel, vidrio y cristal, tejidos de algodón e incluso sustancias químicas como plomo y ácido sulfúrico”.[\[34\]](#) La explotación del oro de Antioquía, en la que se introdujeron nuevas formas de organización del trabajo y técnicas de

explotación, siguió siendo el principal producto de exportación. Con una base económica tan incipiente, el Estado dedicaba casi el 50% de su presupuesto al pago de la deuda externa y al mantenimiento del ejército.

En Argentina, el principal sector de la clase dominante eran los estancieros (terratenientes). Desde 1820, habían establecido una alianza con el capital británico para explotar el potencial de las ricas tierras fértiles del país. Los comerciantes ingleses les garantizaban el acceso al mercado mundial: Juan Manuel de Rosas se erigió en el principal portavoz de los terratenientes argentinos. Frente a las reformas de Bernardino Rivadavia, que había asumido la presidencia de Argentina en 1826 y pretendía establecer el dominio de la burguesía comercial en Buenos Aires, Rosas apareció como el restaurador del dominio de los estancieros. Este fue el sentido de su dictadura conservadora y antiextranjera. Había diferentes grupos de estancieros: los que estaban más cerca del puerto, los de la provincia de Buenos Aires, y los productores que estaban en el interior del país y dependían de los ferrocarriles británicos para el transporte y el acceso a los mercados mundiales. Los británicos buscaban abrir el interior para llevar sus productos y obtener materias primas. Esto provocó enfrentamientos con Rosas. Al mismo tiempo, estaban los terratenientes, propietarios especuladores de grandes extensiones de tierra que vivían de las rentas. Los conflictos entre estos sectores y los compradores del puerto de Buenos Aires por el libre mercado y los aranceles fueron el sello distintivo de los conflictos políticos del siglo XIX. Rosas subió al poder a instancias de los estancieros porteños, arrastrando a sus peones; los estancieros del Litoral y los caudillos mediterráneos se unieron contra la hegemonía de la burguesía comercial porteña; durante los conflictos con Francia (1838) e Inglaterra (1845), probaron lo suficiente del lucrativo comercio con Europa como para seguir soportando que los porteños explotaran el puerto único, y vislumbraron un

futuro cuya prosperidad dependía de terminar con el monopolio fluvial y aduanero de Buenos Aires.

La opresión del litoral argentino conduciría a su secesión, como ya había conducido a la de Paraguay. Paraguay había conseguido separarse tanto de España como de Buenos Aires en 1811-1813. El país estaba geográficamente aislado (era el único estado latinoamericano rodeado sólo por tierra), y era una nación que hablaba predominantemente la lengua guaraní. En el litoral surgió una poderosa fuerza contra el «rosismo», que no habría derrocado a Rosas (en 1852, tras la batalla de Caseros) si no hubiera contado con el apoyo tácito de los estancieros de Buenos Aires que, en defensa de las nuevas necesidades de su acumulación, retiraron su apoyo al «Restaurador de las Leyes». La fuerza del mercado mundial atraía irresistiblemente a Argentina. El principal legado del régimen de Rosas fue la creación de la gran oligarquía que se convirtió en socia de Inglaterra. La victoria de Justo José de Urquiza sobre Rosas, apoyada por Brasil y Montevideo, inició la verdadera estructuración capitalista de Argentina. Las clases dominantes eran las mismas que en el período colonial: «Cuando en la segunda mitad del siglo fluyeron nuevas corrientes de intercambio, trabajo y capital desde el viejo continente, dando lugar a un período de excepcional expansión, el grupo dedicado a la ganadería era lo suficientemente flexible y secularizado como para adaptarse rápidamente; pero también tenía los controles reales del poder para asegurar que la dirección del movimiento no se le escapara de las manos”. [\[35\]](#)

Argentina dependía del Imperio Británico como principal mercado de productos alimentarios. Su rápido crecimiento económico a finales del siglo XIX fue el resultado de un vínculo especial con la economía británica, basado en el modelo agroexportador terrateniente. Argentina se convirtió en el principal proveedor de carne, pieles y cereales de Gran Bretaña. Los beneficios no se reinvertían en la industria. Con

una estructura de clases menos polarizada que en Cuba o Brasil, cuyas economías también giraban en torno a la plantación o la estancia, las dificultades de Argentina reflejaban los problemas de la alianza de clases entre la alta burguesía de la tierra y el capitalismo extranjero: «La renta agraria que sostenía a la clase dominante argentina, el capital mercantil que exportaba la producción de la pampa e importaba mercancías europeas, y el capital financiero que permitía a la élite beneficiarse de una economía errática y mantener el monopolio de la tierra gobernaban la economía argentina. Estos tres factores impidieron la formación de una lógica económica más vigorosa al frustrar el desarrollo de un sector manufacturero fuerte y, en consecuencia, la disciplina que un circuito de capital industrial al timón habría ofrecido al conjunto de la economía. Argentina carecía de un capital industrial consumado que extendiera su lógica por toda la economía, una lógica que es crítica para el desarrollo capitalista porque exige una inversión continua en capital fijo, mejoras tecnológicas (y, por tanto, una mayor productividad del trabajo), un ciclo económico acelerado y una mayor competitividad. El capitalismo argentino era parasitario, ineficiente y estaba dirigido por una coalición de financieros y comerciantes que se apoyaban en la ventaja comparativa real, pero transitoria, de Argentina en el mercado mundial”.[\[36\]](#)

El consumo y la inversión de la clase dirigente argentina eran típicos de las economías dominadas por el latifundio. Ubicada principalmente en Buenos Aires, la burguesía comercial percibía el 25% de la renta nacional. Con estos recursos, gastaba una parte importante en productos manufacturados extranjeros. Con un mercado interno limitado y salarios bajos, la industria local experimentó condiciones desfavorables. El proletariado urbano pasaba gran parte del año desempleado u obligado a trabajar por salarios de miseria en las grandes haciendas de la pampa. La economía argentina se concentraba en Buenos Aires y las regiones circundantes; los inmigrantes que

llegaron en gran número hacia 1880 tendieron a permanecer cerca de la ciudad, creando la urbanización dentro de una sociedad agraria, característica de todos los países subdesarrollados con producción agroexportadora. La inmigración aportó una masa de mano de obra, algo de personal cualificado y un pequeño número de empresarios. Las características de la expansión económica argentina, bajo control británico y basada en la agroexportación, tendieron a alejar la iniciativa empresarial de la actividad industrial, mientras la urbanización se desarrollaba rápidamente. Bajo la hegemonía agraria, la movilidad social terminó por inflar un sector terciario desproporcionado, caracterizado por un gran número de actividades improductivas. La «modernización» dejó intacta la estructura de la sociedad: los banqueros prefirieron prestar dinero a los grandes terratenientes y comerciantes que formaban parte del circuito agroexportador.

En el norte, las luchas por la independencia de México fueron extremadamente duras. Al final, la economía minera y la producción agrícola estaban bajo mínimos, y 600.000 personas murieron en los campos de batalla como resultado de más de once años de lucha y del sometimiento de la mano de obra indígena. Si bien en el periodo colonial existía una legislación que impedía el reclutamiento indiscriminado de la mano de obra indígena, y hasta cierto punto evitaba la destrucción de las propiedades comunales (calpulli y ejidos), la oligarquía, incluso antes de la independencia, inició el proceso de usurpación de las tierras indígenas y transformó a grandes contingentes de campesinos en trabajadores rurales (peones). Éstos eran obligados a trabajar en las haciendas a cambio de comida y techo, así como a abastecerse en las «tiendas de raya» situadas en las propias haciendas, donde los precios eran siempre elevados: las deudas contraídas se transferían de padres a hijos, atrapando la mano de obra en las haciendas y perpetuando la explotación de los indios. Entre 1845 y 1848, la guerra contra Estados Unidos agotó el erario público, lo que llevó al gobierno a promulgar una nueva

ley que aumentaba los impuestos sobre la tierra y la ocupación de los bienes de manos muertas. Los impuestos y la ocupación de la propiedad debían recaer sobre toda la sociedad, los latifundios, las tierras eclesiásticas y las tierras comunales. En la práctica, sólo los indios fueron presionados para pagar impuestos sobre la tierra. Se puso en marcha el proceso de ocupación de tierras indígenas, con vistas a financiar la lucha contra los EEUU.[\[37\]](#) La derrota en la guerra alcanzó su punto culminante con la caída de la capital y desencadenó levantamientos indígenas en el norte y guerras contra los indios de Yucatán para favorecer las plantaciones de caña de azúcar. Los indios fueron violentamente reprimidos por el ejército.

Los intentos de las burguesías latinoamericanas de basar su dominación política en instituciones civiles no consiguieron emancipar al Estado de la tutela militar: de ser la base de la construcción del Estado, el ejército evolucionó casi naturalmente hasta convertirse en su árbitro indiscutible, ejerciendo cada vez más un papel relativamente independiente de las clases sociales. En Brasil, el ejército caracterizó como poder independiente todos los episodios que hicieron posible la transformación política republicana, adoptada en la América española desde el inicio del período independiente.[\[38\]](#) Antes, en 1850, el Imperio brasileño, a través de la Ley de Tierras de 1850, favoreció la expansión de la concentración agraria. Promulgada por Pedro II, la ley establecía parámetros y reglas sobre la posesión, mantenimiento, uso y comercialización de la tierra, estableciendo la compra como única forma de obtener tierras públicas, haciendo inviables los sistemas de posesión o donación para transformar la tierra en propiedad privada. El gobierno imperial pretendía recaudar impuestos y tasas con la creación del catastro y el deslinde. Los fondos se destinaban a financiar la inmigración extranjera, destinada a generar mano de obra, principalmente para las grandes plantaciones de café. La supresión del comercio de esclavos redujo cada vez

más la disponibilidad de mano de obra esclava. Al dificultar la compra o la propiedad de tierras por parte de los pobres y favorecer su uso para la producción agrícola orientada a la exportación, se logró este objetivo, ya que la ley provocó un aumento significativo de los precios de la tierra en Brasil, favoreciendo a los grandes terratenientes, que se convirtieron en los únicos propietarios de los medios de producción agrícola en Brasil.

En las llamadas «repúblicas bananeras» de América Central, dada la insuficiente formación de clases sociales, las dictaduras militares impusieron la cohesión nacional «desde arriba»: fue el Estado identificado con los líderes militares el que creó o completó el proceso de creación de clases. Esto también fue en parte cierto para países más grandes como Argentina o Brasil, donde la ocupación territorial se completó mediante favores o tierras distribuidas por el Estado y se dio forma definitiva a la estructura social. Las repúblicas dictatoriales de Centroamérica aportaron otra característica de la presencia militar en los puestos de mando, ya que eran, desde el siglo XIX, verdaderos «protectorados» (por no hablar de la supervivencia de colonias inglesas, francesas u holandesas). Las dictaduras militares dieron cohesión a las pequeñas naciones para hacerlas entrar en el mercado mundial como países periféricos, especializados en la producción de alimentos y materias primas, en un circuito cuyo centro dinámico eran las naciones industrializadas de Europa y, en menor medida, la joven potencia industrial que empezaba a surgir en Norteamérica, que se aseguraba en Centroamérica y México su primera área de influencia exterior (lo que, con los años, se llamaría «su patio trasero»). El conflicto en EEUU entre los yanquis y el Sur esclavista echó leña al fuego centroamericano: los sureños alentaron la aventura de William Walker (1824-1858), el pirata estadounidense que invadió Nicaragua y se proclamó presidente del país en 1855. Después sometió a guatemaltecos, salvadoreños y costarricenses, que derrotaron a las tropas del invasor en 1856: el presidente de

Costa Rica, Juan José Mora, formó el Ejército de Liberación Nacional. Walker volvió a enfrentarse a él, pero tras algunas victorias fue derrotado, encarcelado y ahorcado en septiembre de 1858.

España, que había conservado sus dominios coloniales en Cuba y Puerto Rico, fue testigo impotente de la disputa por sus antiguas colonias. En la antigua metrópoli, la revolución democrática fracasó, alimentando la leyenda de la supuesta «inferioridad histórica» de los pueblos latinos en el contexto del auge mundial del liberalismo. España perdió un imperio continental sin asimilar los requisitos necesarios para el progreso económico y político. La combinación de intereses históricos regresivos y progresistas, además de imprimir su impronta en las revoluciones que se sucedieron en la España del siglo XIX, neutralizó a las clases industriales españolas como motor de la revolución burguesa y creó una situación en la que los intereses combinados de las clases poseedoras acabaron por estancar el desarrollo y perpetuar el atraso económico. Al mismo tiempo, la burguesía española intentó promover una revolución: a su fracaso se unió la frustración de la revolución democrática en su dominio colonial, dominado en la época independiente por la aristocracia que la propia colonización española había creado. América Latina pasó de ser una colonia española a una zona de influencia británica[39] y luego teatro de conflictos entre viejas y nuevas potencias, especialmente la expansión de la influencia estadounidense. Las fuerzas internas de América Latina no bastaron para vencer a los tres imperios que condicionaron su existencia: el ibérico, el británico y el norteamericano.

La unificación política de Argentina se logró durante la presidencia de Bartolomé Mitre (1862-1868), cuando los ejércitos avanzaron por el interior del país, derrotando militarmente a las últimas montoneras y estableciendo gobiernos favorables al gobierno central en prácticamente todas las provincias; los años de la llamada «organización

nacional» consolidaron la Argentina agroexportadora, con la consolidación del latifundio y el estrechamiento de las relaciones con el capital extranjero, principalmente inglés, configurando una unificación nacional al servicio de los intereses de la oligarquía porteña y de la burguesía comercial portuaria. El Congreso argentino sentó las bases legales para el flujo comercial y de capitales extranjeros. El mercado nacional se unificó y liberalizó; la legislación ferroviaria estableció el principio de la garantía estatal de los beneficios (en Brasil, el Ferrocarril de São Paulo se construyó con un sistema de garantías similar). Todos los bonos públicos argentinos se pagarían, por ley, en libras esterlinas; se estableció un registro público de toda la deuda pública y se reconocieron todas las deudas. La prueba de que el país estaba en condiciones de pagar quedó demostrada con el reconocimiento de las deudas pendientes del empréstito tomado en Londres en 1824 (con Baring Brothers). Sólo en una década, al menos 23 millones de libras esterlinas salieron del mercado londinense en forma de inversiones para Argentina, que se transformó en un mercado seguro de inversiones financieras. [\[40\]](#)

En mayo de 1865, Brasil, Argentina y Uruguay firmaron el Tratado de la Triple Alianza contra Paraguay. Los objetivos eran: «poner fin a la dictadura de López»; garantizar la libre navegación de los ríos Paraguay y Paraná; y, en secreto, conquistar definitivamente para Brasil el territorio situado al noroeste de Paraguay, y para Argentina el territorio que reclamaba al este y al oeste de Paraguay. Se invocaba la lucha de la civilización contra la barbarie, a pesar de que Brasil era (junto con la colonia española de Cuba) el único Estado de todo el hemisferio occidental que aún albergaba la esclavitud. La «Guerra de la Triple Alianza» definió la configuración de los principales estados de América del Sur y, al mismo tiempo, quebró el único intento de desarrollo no basado en la producción primaria: fue la guerra más larga y violenta entre estados que tuvo lugar en cualquier parte del mundo entre 1815

y 1914. Duró más de cinco años (de octubre/noviembre de 1864 a marzo de 1870) y se cobró más de 300.000 vidas.[\[41\]](#) Todas las naciones implicadas en la «Guerra del Paraguay» recibieron inversiones en material bélico de préstamos contraídos con banqueros británicos: en el transcurso de la guerra, sin embargo, el capital británico empezó a conceder préstamos sólo a los aliados de la Triple Alianza. Brasil (casi diez millones de habitantes, con entre 1,5 y 2 millones de esclavos), Argentina (1,5 millones de habitantes) y Uruguay (entre 250.000 y 300.000 habitantes) unieron sus fuerzas contra Paraguay (entre 300.000 y 400.000 habitantes). El conflicto costó a Brasil casi once años de su presupuesto anual, en valores de antes de la guerra, provocando un déficit público persistente en las décadas de 1870 y 1880.

Brasil llevó a la guerra cerca de 160.000 soldados, de un total de poco más de nueve millones de habitantes, el 1,5% de su población. Tras cinco años de batallas, Brasil, Uruguay y Argentina ganaron la guerra. Las tropas aliadas tomaron Asunción, eliminaron prácticamente a todos los varones mayores de doce años, violaron a las mujeres y saquearon la ciudad. Paraguay sufrió una enorme reducción de su población: algunas fuentes afirman que el 75% de la población masculina paraguaya pereció. Se estima que hubo 50.000 muertos y miles de inválidos en Brasil; otros hablan de 60.000 muertos en combate o por enfermedad.[\[42\]](#) Mitre había declarado que los aliados estarían en Asunción en tres meses; los aliados tardaron cinco años (1865-1870) en llegar a la capital paraguaya, y la guerra se prolongó un año más. La Guerra de la Triple Alianza fue el último episodio de la «normalización» conservadora de la independencia sudamericana.

La guerra cambió una página de la historia sudamericana. La potencia colonial ibérica había sido sustituida definitivamente por la nueva potencia capitalista inglesa como actor central. El bombardeo económico británico en Sudamérica jugó su papel en la Guerra del Paraguay. Los préstamos

británicos a Argentina y Brasil antes y durante la guerra, así como la venta de armas británicas, contribuyeron decisivamente a la victoria de los Aliados sobre Paraguay. La guerra fue un desastre absoluto para Paraguay. Sobrevivió como Estado independiente (en la inmediata posguerra estuvo bajo la tutela de Brasil). Se evitó su desmembramiento total debido a la rivalidad entre los vencedores. Su territorio se redujo en torno al 40%. La pérdida de población fue de entre el 15% y el 20% de la población, con entre 50.000 y 80.000 muertos, tanto en los campos de batalla como por enfermedad. La guerra puso en aprietos a Brasil, revelando el profundo anacronismo del Estado esclavista imperial, que no estaba preparado ni era apto para un esfuerzo militar nacional. El coste de la guerra dejó un agujero en las finanzas públicas brasileñas. La guerra, sin embargo, estimuló la industria brasileña, las fábricas textiles (para los uniformes del ejército) y el arsenal de Río de Janeiro, y modernizó las infraestructuras del país. El reclutamiento, el entrenamiento, el suministro de ropa, armas y transporte para el ejército desarrollaron la organización del Estado. La guerra también agudizó las tensiones sociales, debido a la imposición de impuestos y sistemas de medidas en todo el territorio nacional: la reacción de los afectados adquirió rasgos de explosión social y violencia.

Una vez consolidadas sus fronteras y unificado su mercado, fue después de la guerra cuando Argentina despegó económicamente. El vínculo entre la economía argentina y la City londinense dio un salto cualitativo en 1880, cuando el flujo de capitales británicos hacia el país fue enorme, junto con un gran incremento del comercio. Al haber evitado la suspensión de pagos de la deuda, como había ocurrido en otros países latinoamericanos, Argentina ganó reputación entre los bancos británicos. Con la entrada masiva de recursos británicos, el país entró en un proceso de plena integración en el mercado mundial. Las condiciones previas para la explotación de Argentina por la gran burguesía británica aliada a la élite

oligárquica de Buenos Aires fueron la conquista de las tierras ocupadas por las tribus indígenas en las regiones pampeana y patagónica; la consolidación de las estructuras nacionales, que comenzó en 1880; el refinamiento de la ganadería, especialmente en la provincia de Buenos Aires; los procedimientos para el transporte a larga distancia de carne refrigerada y congelada, perfeccionados durante el último cuarto de siglo con los buques frigoríficos; y la inmigración europea, que comenzó en la segunda mitad de la década de 1870 y se intensificó a partir de 1890.[\[43\]](#) Con el uso de barcos frigoríficos, la carne de vacuno argentina se convirtió en la principal importación británica, lo que trajo prosperidad al país platino basada en la dependencia comercial. El desarrollo argentino fue un ejemplo de la estructura deformada que resultó de la condición semicolonial, y de los efectos que el imperialismo financiero impuso a las economías que iniciaron tardíamente su desarrollo capitalista.

El nuevo poblamiento argentino se realizó concentrando un tercio de la población total en la ciudad-puerto-capital, Buenos Aires, que pasó de 60 habitantes en 1580 a 11.200 en 1744, 40.000 en 1801, 70.000 en 1823, 76.000 en 1852, 187.346 en 1869, 433.375 en 1887, 663.854 en 1895, 1.576.597 en 1914... Un crecimiento vertiginoso y concentrado, en medio de un país de inmensa superficie, desierto en vastas regiones de su territorio.[\[44\]](#) En Uruguay, la mitad de la población se concentraba en su capital, Montevideo. En Brasil, durante el mismo periodo, aumentó la población y la concentración urbana en las regiones costeras. El bombardeo financiero británico quedó marcado en Argentina: «Las posibilidades de inversión se reanudaron en 1857, tras el frustrado experimento de la década de 1820, con la renegociación de viejas deudas. En esos años [1860], se estableció en Argentina un banco de propiedad británica; su gobierno obtuvo un nuevo préstamo, y se establecieron las primeras compañías ferroviarias británicas en Argentina. A mediados de la década de 1870, el gobierno argentino debía más de 15 millones de libras en préstamos

financiados por el mercado londinense, mientras que otros 5 millones se invirtieron en compañías ferroviarias y 1 millón en servicios públicos. En la década de 1880, las inversiones británicas aumentaron. Para 1890, la deuda del gobierno argentino ascendía a 90 millones de libras, y las inversiones directas en ferrocarriles sumaban casi 82 millones, con otros 20 millones en servicios públicos urbanos y otros diez millones distribuidos en tierras, compañías financieras y otras empresas".[\[45\]](#) Lenin citaba a Argentina como ejemplo de país políticamente independiente, pero en realidad rehén del imperialismo británico.

La «Guerra del Pacífico», en 1879, fue complementaria de la Guerra del Paraguay, con los intereses británicos más claramente en primer plano. Las dos guerras definieron las fronteras nacionales que prevalecerían en Sudamérica en el siglo XX. Entre 1879 y 1884, la llamada «Guerra del Salitre» enfrentó a Chile con las fuerzas conjuntas de Bolivia y Perú. En Bolivia, la sobreviviente producción indígena fue desintegrada en la segunda mitad del siglo XIX ante la penetración de los monopolios anglo-chilenos, con la connivencia de las clases dominantes locales, seducidas por las posibilidades de su inserción en el mercado mundial. Los gobiernos chileno y boliviano se enfrentaron por una parte del desierto de Atacama, rico en recursos minerales. El territorio en disputa era explotado por empresas británicas. Gran Bretaña había descubierto que los excrementos acumulados por ciertas aves marinas, el guano, en las islas de la costa peruana eran un excelente fertilizante. Todos los días, barcos británicos salían de Perú cargados de estiércol. La empresa Gibbs & Sons se encargaba del transporte. Tras cuarenta años de extracción, las islas peruanas quedaron destruidas. Cuando el estiércol se agotó, los británicos encontraron otro fertilizante eficaz: el salitre. Durante siglos, los granos de nitrato se depositaron en el gran desierto al sur de Perú. Los barcos ingleses empezaron a transportar toneladas de salitre a Europa. Las familias de la aristocracia peruana gastaban el dinero de la

venta del salitre en Europa y lo dilapidaban en Perú.

La superioridad marítima de Chile en el conflicto se transformó rápidamente en superioridad terrestre: Chile ocupó los territorios en disputa con Bolivia e invadió Perú, ocupando las provincias de Tacna (que Perú sólo recuperaría en 1929) y Arica (que sigue siendo chilena hasta hoy). El vencedor de la guerra, Chile, se anexionó zonas ricas en recursos naturales de los países derrotados. Perú perdió la provincia de Tarapacá y Bolivia tuvo que ceder la de Antofagasta, quedándose sin una salida soberana al mar. El capital británico se repartió inicialmente entre la financiación de los beligerantes. El principal socio económico de Gran Bretaña en la región fue Chile, que recibió la mayor parte del capital, ganó la guerra y cedió la explotación del guano y el nitrato a empresas británicas. En 1884, Bolivia firmó una tregua que otorgaba el control total de la costa del Pacífico a Chile, con sus valiosas reservas de cobre y nitratos. Chile ganó la guerra, pero perdió el salitre, ya que todo el negocio quedó en manos del capital inglés.[\[46\]](#) La paz marcó el desarrollo político posterior de Bolivia: el Tratado de Paz y Amistad firmado entre Chile y Bolivia en octubre de 1904 supuso el aislamiento definitivo de la república boliviana de su propia salida al Océano Pacífico.[\[47\]](#)

En Argentina, a partir de la década de 1880, se produjo una conquista militar de las grandes zonas -la Pampa, la Patagonia y el Chaco- que aún estaban en manos de los indígenas. Estos espacios fueron denominados «desiertos» a pesar de estar habitados por pueblos originarios. Los territorios conquistados recibieron diferentes destinos según los requerimientos de la expansión productiva orientada al mercado mundial: la región pampeana, cuyas tierras de alta calidad estaban entre las mejores del mundo, fue ocupada de inmediato y sus productos enviados a Europa; la Patagonia recibió ganado ovino; en el Chaco, por la necesidad de abundante mano de obra para los obrajes, disciplinados por la horca, los indígenas

fueron convertidos en trabajadores asalariados. De estas campañas, la más sangrienta fue la dirigida por el general Julio A. Roca, la «Conquista del Desierto», una masacre de la inmensa mayoría de la población indígena del sur del país. Al finalizar, el Estado entregó 4.750.000 hectáreas de campo a 541 particulares. Entre 1876 y 1903, el Estado argentino regaló o vendió 41.787.000 hectáreas a 1.843 personas por muy poco dinero. El reparto de tierras dejó a lo que quedaba de los pueblos originarios de la Patagonia sin posibilidad de supervivencia. En el Chaco, la creación de las condiciones que posibilitaron el inicio de la producción mercantil se concretó en la conquista y ocupación militar del territorio, la destrucción de la economía basada en la caza y la pesca, la apropiación privada de la tierra y la generación de una masa de población disponible para el trabajo asalariado.

En 1889, cuando la deuda ya había alcanzado los 174 millones de libras, el corte de los pagos argentinos al banco Baring Brothers inició una crisis financiera internacional, revelando el gigantesco peso de Argentina como socio del Imperio Británico, afectando a toda la estructura de la mayor potencia de la época. Para Gran Bretaña, la crisis del Baring marcó el principio del fin del capitalismo de libre competencia. Los líderes políticos se mostraron recelosos ante la deuda, que podía poner a Argentina en una situación similar a la de Egipto, invadido en 1882 por tropas británicas tras dejar de pagar sus deudas. La bancarrota de Argentina provocó una revolución en 1890, que derrocó al gobierno. En Chile, los vínculos establecidos entre su élite y los intereses británicos en la Guerra del Pacífico dieron lugar a la dependencia chilena de las metrópolis. El salto de la inversión británica se inició en 1880, con un aumento de la inversión directa de 1.400.000 libras a 18 millones en 1889: la inversión directa representó el 75% del total de la inversión británica, un total de 26 millones de libras. El destino prioritario de las inversiones fue la explotación del salitre. La penetración del capital financiero británico se

profundizó, fundándose 18 nuevas empresas que, sumadas a las anteriores, llegaron a controlar el 70 por ciento de las explotaciones salitreras. El capital británico había logrado controlar importantes minas de plata, cobre y carbón, la mayoría de los ferrocarriles privados del norte, el Banco de Tarapacá, empresas agrícolas y las mayores casas importadoras de Chile. El control del comercio reflejaba el alcance de la dominación extranjera: en 1890, Inglaterra absorbía el 70% de las exportaciones chilenas y cubría el 45% de las importaciones. La reacción contra la creciente penetración extranjera, expresada inicialmente de forma esporádica por algunos políticos, periodistas e intelectuales, fue creciendo en volumen hasta concretarse en 1890 en un fuerte movimiento liderado por el Presidente Balmaceda.

Balmaceda no contaba con el apoyo de los trabajadores porque había reprimido con el ejército las huelgas de 1890. La huelga general de 1890, la primera en la historia de América Latina, comenzó en Arica y se extendió a Concepción en favor de aumentos salariales y del pago en monedas de plata para hacer frente a la inflación. La represión causó centenares de muertos y heridos en las matanzas de Iquique, Antofagasta y Valparaíso en julio y agosto de 1890. La decisión de Balmaceda de aprobar el presupuesto de 1891 fuera del Congreso sirvió de pretexto a la oposición para justificar el inicio de una rebelión armada, la «Guerra Constitucional», la más cruel de la historia de Chile: más de diez mil hombres murieron en los campos de batalla. Balmaceda se refugió en la embajada argentina, donde se suicidó. La política de Balmaceda fue un intento de frenar la enajenación de la riqueza del país, que se había agravado desde 1880. La contradicción entre los sectores que apoyaban el empeño nacionalista y los que preferían consolidar los lazos de dependencia con la metrópoli británica desembocó en la guerra civil, en la que la victoria de la oposición apoyada por los británicos consolidó el proceso de transformación de Chile en una semicolonias británica.

En Brasil, las consecuencias económicas de la Guerra del Paraguay fueron la concentración del capital comercial en Río de Janeiro (incapaz de organizar la producción de forma que se redujera la autonomía del beneficio comercial), la sustitución del sistema de transporte animal por el transporte ferroviario y el surgimiento de un Estado fuerte dispuesto a rescatar al capital comercial en las crisis. Los préstamos británicos a Brasil se destinaron a cubrir déficits presupuestarios que no tenían ninguna finalidad productiva. En la última década del Imperio, el endeudamiento externo aumentó constantemente, totalizando 37,2 millones de libras en cuatro operaciones de préstamo entre 1883 y 1889, lo que superó el total prestado por el gobierno en las seis décadas anteriores. La deuda exterior se duplicó, pasando de 15 millones de libras en 1882 a 30,3 millones en 1889. Las empresas y bancos británicos pasaron a monopolizar el comercio exterior en Río de Janeiro, lo que aumentó su influencia en el mercado interno. La falta de liquidez que sufría el mercado local era cubierta por las compañías británicas de transportes y minería, que actuaban como salvavidas de los empresarios nacionales que no encontraban alternativa para obtener capital y como garantía de suministro de dinero al gobierno imperial. [\[48\]](#)

En el oeste de São Paulo surgió otro complejo económico, liberado de las restricciones al desarrollo de la producción impuestas por la escasez de divisas, basado en el capital monetario disponible en manos de los caficultores: «El formidable desarrollo de la cafcultura es típicamente un desarrollo capitalista. Se daban todas las condiciones necesarias para la explotación a gran escala: tierras vírgenes, ausencia de rentas de la tierra, posibilidad de una mayor especialización en la producción, en una palabra, posibilidad de monocultivo. Así, el caficultor hacía converger simultáneamente todos sus medios de producción hacia un único objetivo y, en consecuencia, obtenía beneficios hasta entonces desconocidos. El tipo de explotación determinó así una prosperidad favorable al desarrollo del capitalismo en todas

sus formas. De este modo, el sistema crediticio, el crecimiento de la deuda hipotecaria, el comercio en los puertos de exportación, contribuyeron a preparar una base capitalista nacional. Se importaron las armas que faltaban. La inmigración adquirió entonces el carácter de una empresa industrial”,[\[49\]](#) y marcó el inicio de la cuenta atrás del régimen esclavista en Brasil.

En Cuba, la proclama de «Independencia o Muerte» contra España, conocida como el «Grito de Yara», fue llevada a cabo en 1868 por Carlos Manuel de Céspedes, propietario de un pequeño ingenio azucarero en la región oriental. La conspiración fue descubierta por las autoridades españolas: comenzó una guerra contra los españoles que duró diez años. También se declaró la liberación de los esclavos. Esta liberación se produjo gradualmente, porque los propietarios de esclavos exigieron una indemnización al gobierno; éste no tenía dinero suficiente para la indemnización y creó el régimen de «patronazgo»: los esclavos liberados se convirtieron en aprendices, trabajando por un salario ínfimo durante años hasta que pudieron elegir dónde trabajar. Poco a poco, esta mano de obra se incorporó al mercado laboral y participó en la «Guerra de los Diez Años». La guerra se extendió a las regiones oriental y central de Cuba, iniciando una lucha por la independencia que duraría hasta principios del siglo XX.

La cuestión de la expropiación de tierras indígenas también caló en el México independiente. El dictador Santa Anna perdió la guerra contra Estados Unidos, que se anexionó Texas: «En una de las guerras más injustas de la historia», escribió Octavio Paz, «guerra ya negra de expansión imperialista, Estados Unidos nos arrebató más de la mitad de nuestro territorio». La derrota produjo una reacción saludable, porque hirió de muerte al caudillismo militar encarnado en el dictador Santa Anna.» Con un Estado debilitado, la década de 1850 representó uno de los periodos más intensos en cuanto a

transformaciones económicas y sociales. Marcada por rebeliones caudillistas, levantamientos indígenas y luchas entre liberales y conservadores, que dividieron políticamente a la clase dominante, fue el periodo histórico de consolidación de la propiedad privada capitalista orientada a la exportación. La expropiación de las tierras indígenas desencadenó constantes revueltas. Pero también culminó con la «Reforma Liberal», emprendida por el sector más modernizador de la clase dominante, influenciado por las ideas liberales: en 1857, una ley incorporó al Estado las tierras desocupadas, que fueron vendidas a particulares, y puso fin a los privilegios de la Iglesia, las órdenes monásticas y las comunidades indígenas sobre la tierra.

Con la «Reforma Liberal», se consolidó el Estado nacional mexicano con la delimitación de las fronteras nacionales y la eliminación gradual de las comunidades indígenas, lo que incrementó la producción agrícola para la exportación, realizando la inserción de la economía mexicana en el mercado mundial. El militante anarquista mexicano Ricardo Flores Magón dijo que «la Constitución [de 1857] no fue escrita para emancipar a la clase trabajadora, sino para garantizar a la burguesía el goce pacífico de su rapiña y para dar a la autoridad el prestigio y la fuerza moral que tanto necesita para ser obedecida y temida». Los liberales defendían la libre asociación, la república federal, el libre intercambio económico, la libre expresión de las ideas y luchaban contra el poder eclesiástico. Los conservadores defendían el legado aristocrático de la época colonial, abogaban por la centralización, veían el autoritarismo como la mejor forma de gobierno y eran partidarios del poder de la Iglesia. Tanto liberales como conservadores adoptaron una postura que excluía a las clases populares, pero muchos conservadores, ante la posibilidad de incorporar a sus propiedades tierras pertenecientes a la Iglesia y a las comunidades indígenas, se unieron a las filas del liberalismo. La resistencia de los indios mexicanos contra las leyes de usurpación fue una

continuación de las luchas emprendidas en la primera mitad del siglo XIX contra la expropiación de sus tierras.

Las relaciones diplomáticas de México con Gran Bretaña eran tensas, lo que dificultaba la inversión extranjera. Tratando de aprovechar este contexto, Francia fracasó estrepitosamente en su intento de imponer la anexión de México a través de la monarquía de Maximiliano, primo del emperador Napoleón III, quien perdió la vida en el empeño, derrotado por los mexicanos liderados por Benito Juárez. Con el apoyo inicial del Reino Unido y España, el Segundo Imperio intervino en México con el pretexto de suspender el pago de los intereses de varios empréstitos. El presidente mexicano Juárez clamó: «Se trata de poner en peligro a nuestra nación, y yo, que por mis principios y juramentos estoy llamado a sostener la integridad, soberanía e independencia nacionales, debo trabajar activamente, multiplicando mis esfuerzos para cumplir con el sagrado depósito de la Nación, que en el ejercicio de sus facultades me ha confiado». En 1864, la expedición enviada por Napoleón III proclamó emperador de México al archiduque Maximiliano de Austria. Juárez, instalado en la frontera con Estados Unidos, preparó una resistencia armada que duró tres años (1864-1867).

El emperador fue finalmente derrotado en Querétaro y fusilado. Juárez fue reelegido presidente en 1867 y de nuevo en 1871. Por resistir victoriosamente a la ocupación francesa y restaurar la república, así como por sus esfuerzos modernizadores, Benito Juárez es recordado como el mayor líder de México: fue el primero que no tenía formación militar, y también el primer «indígena» que ocupó la presidencia de México y dirigió un país occidental. La derrota de la intervención francesa y la victoria de la reforma liberal de Juárez significaron el fin de la hegemonía de las fuerzas conservadoras.[\[50\]](#) La muerte del líder nacional en 1872 no detuvo el avance de la modernización capitalista auspiciada por los positivistas «científicos». Tras la muerte de Juárez,

Sebastián Lerdo de Tejada asumió la presidencia, llevando la lógica liberal hasta sus últimas consecuencias. Los conservadores y los grandes terratenientes contraatacaron: los «porfiristas» (partidarios de Porfirio Díaz) se levantaron en armas, derrotando a Tejada en su intento de reelección: Díaz tomó el poder en 1876, creando un régimen, el «porfiriato», que duró hasta la Revolución Mexicana de 1910. Durante el porfiriato, las inversiones británicas y estadounidenses se dirigieron principalmente a empresas ferroviarias y, en menor medida, mineras y agrícolas.

Si bien Gran Bretaña era el principal inversor en América, en México fue superado por EEUU hacia 1890. Las compañías y empresarios estadounidenses invadieron el otro lado del Río Grande. Entre 1873 y 1910 el comercio exterior de México se multiplicó por diez. El aumento de las exportaciones se debió al crecimiento de la producción minera con la aplicación de la cianuración de metales preciosos. México, que ya era el primer productor mundial de plata, pasó a ocupar el segundo lugar en la producción mundial de cobre. Los yacimientos petrolíferos de la costa del Golfo fueron explotados por empresas estadounidenses y británicas y su producción creció rápidamente. Los inicios de la industria mexicana coincidieron con este desarrollo de la producción minera: fundiciones de plomo, cobre, hierro y acero (Monterrey), tejidos de algodón y lana (fundadas en gran parte por los franceses), fábricas químicas y alimentarias, manufacturas de tabaco y papel, centrales eléctricas. Sin embargo, estas industrias no bastaban para satisfacer las necesidades del mercado mexicano.[\[51\]](#) La creación de bancos y la financiación estatal se reservaron al capital europeo y mexicano. Los inversores estadounidenses no tuvieron una presencia significativa: no pudieron obtener ninguna concesión bancaria ni participar en la creación del Banco Nacional de México.[\[52\]](#)

El país se urbanizó más, con un aumento del 44% de la población de las ciudades. Entre 1895 y 1910, el número de

ciudades con más de 20.000 habitantes pasó de 22 a 29. Junto con el ferrocarril, se amplió el sistema de comunicaciones: telégrafos, carreteras (liberadas del bandolerismo), oficinas de correos, redes de electricidad y agua potable. La historia del México porfirista es «la historia de la acumulación de contradicciones que condujeron a la formación social mexicana al estallido revolucionario de 1910; es la historia del prolongado equilibrio dinámico que transcurrió entre dos revoluciones: la Reforma, que le dio origen y engendró las condiciones para su existencia, crecimiento y expansión; y la Revolución Mexicana, engendrada por la crisis en que desembocaron las contradicciones inherentes a este proceso y que trató de resolverse». [\[53\]](#) Amputado de la mitad de su territorio y dependiente de la inversión extranjera, el desarrollo mexicano auspiciado por el liberalismo, incluso en su versión más radical, no rebasó los límites de la economía agroexportadora y la dependencia económica y política de potencias externas que también caracterizó al resto de esa parte del mundo que ya empezaba a llamarse «América Latina» por influencia francesa.

En plena expansión imperial afroasiática de Europa, los países europeos se dieron cuenta, por observación o por la fuerza, de que el «Nuevo Mundo» era inaccesible en términos coloniales, debido a la influencia de EEUU, que ya se expresaba en la ideología del panamericanismo. Pero era muy accesible en términos comerciales y financieros: Brasil y Argentina, los principales países de América del Sur, se convirtieron en semicolonias del capital británico. Sudamérica sufrió un proceso de colonización económica. Las inversiones del Imperio Británico en sociedades anónimas argentinas, que ascendían a 25 millones de libras, aumentaron a 45 millones en 1885 y a 150 millones en 1890. En 1889 Argentina absorbía entre el 40% y el 50% de las inversiones extranjeras británicas; era un ejemplo típico de colonización económica por parte del capital metropolitano: «Entre 1860 y 1914 Argentina experimentó un acelerado crecimiento económico, caracterizado por la

expansión de la producción exportable y la unificación de sus mercados internos, basado en gran medida en la entrada masiva de capital extranjero (que) en 1914 ascendía a la mitad del capital total del país... Los principales ciclos de inversión de capital extranjero en Argentina tuvieron lugar entre 1862-1875, 1881-1890 y 1901-1913, correspondiendo a las principales fases de exportación de capital a escala mundial":[\[54\]](#) el volumen de inversión de capital extranjero en estos años superó al de todos los años anteriores, especialmente el capital británico.

Las guerras latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XIX consolidaron los intereses comerciales y financieros extranjeros, especialmente los británicos. En su parte de la Amazonia, Bolivia se vio obligada a ceder territorio cuando Brasil decidió reconocer la independencia de Acre, proclamada república en 1902 por el gaucho Plácido de Castro, líder de la revuelta en apoyo de los caucheros brasileños de Ceará que se habían sublevado contra el Sindicato Boliviano de Nueva York, propietario de los derechos de explotación del caucho en la región (concesión hecha en 1901 por el gobierno de La Paz para que Estados Unidos garantizara la protección de Bolivia). En virtud del Tratado de Petrópolis, firmado en 1903, Bolivia, a cambio de ceder a Brasil un territorio de más de 142.800 km², recibió una indemnización de 2 millones de libras esterlinas y la promesa (que se mantuvo) de acceder al océano Atlántico mediante la construcción del futuro ferrocarril Madeira-Mamoré. La «Carretera del Diablo» o «Carretera del Infierno», llamada así por el impresionante número de muertes que causó su construcción, se construyó entre 1907 y 1912, uniendo Porto Velho y Guajará-Mirim, con 366 kilómetros de longitud, y nunca alcanzó los resultados previstos de integración del mercado nacional. Así, en la segunda mitad del siglo XIX, el capitalismo se desarrolló en algunos centros latinoamericanos, menos por el desarrollo de las fuerzas productivas locales que por el impulso externo: Inglaterra tomó la delantera en el proceso, para ser progresivamente sustituida por EEUU como

principal inversor extranjero en América Latina entre finales del siglo XIX y principios del XX.

América Latina fue una de las regiones del mundo en las que el nuevo imperialismo financiero se impuso rápidamente. Los recursos financieros ofrecidos a los gobiernos latinoamericanos financiaron la deuda de estos países, así como grandes obras públicas y sistemas de transporte urbano y nacional. Esta cascada de recursos vía préstamos o inversiones directas apoyó una ola de desarrollo capitalista, especialmente en los países más ricos como Argentina, Chile, Brasil y México. Estas condiciones determinaron un desarrollo económico deformado en estos países, combinando las formas más atrasadas de explotación económica con avances tecnológicos y productivos en sectores ligados a la exportación y a los intereses del imperialismo financiero. Los países latinoamericanos se transformaron en semicolonias de las potencias europeas, al tiempo que definían sus perfiles internos: según el censo mexicano de 1910, «en la república se hablaban más de cien lenguas y dialectos, pero el español era ya claramente la lengua nacional». En 1877, el 39% de la población no lo hablaba; en 1913, el porcentaje era sólo del 13%". [\[55\]](#)

La «armonía nacional» de los jóvenes países se vio amenazada por otros factores: la crisis económica de la década de 1890 en el Cono Sur de América, el «encilhamento» brasileño y la crisis financiera argentina, que puso al país en subasta para pagar su deuda externa, fueron simultáneos y dieron lugar a importantes cambios políticos, como la proclamación de la República en Brasil y la «Revolución del Parque» en Argentina, cuna de la Unión Cívica Radical en 1891, a favor del sufragio universal, que alcanzó por esta vía el gobierno nacional en 1916: «En la emergencia, todos coincidieron en postular dos soluciones elementales: la moral administrativa y el sufragio efectivo: [Leandro N. Alem [fundador de la UCR] fue un símbolo de ambas propuestas por la austeridad de su vida y su lucha

política previa".[\[56\]](#) La inmigración europea había aumentado la población de Buenos Aires a 450.000 personas (60% de las cuales eran extranjeras) en la década de 1880, y continuaba a un ritmo cada vez más rápido. La crisis política fue precedida por la primera oleada de huelgas obreras en la capital y el litoral. En 1890 se celebró por primera vez el 1 de mayo, declarado día mundial de la lucha obrera por la Internacional Socialista sólo un año antes; pronto surgirían los primeros sindicatos organizados por militantes anarquistas europeos y el Partido Socialista. La lucha de clases en Sudamérica ganaba un nuevo protagonista: el proletariado organizado.

El caso argentino ilustra como pocos las consecuencias de la expansión global del capitalismo. En el siglo XIX, Argentina era uno de los países menos poblados de Sudamérica y el menos densamente poblado: en el momento de su independencia, su población sumaba apenas un millón de habitantes; el Alto Perú (actual Bolivia) tenía entonces cuatro millones. En la década de 1880 se completó la ocupación del territorio argentino; también se produjo el estallido de la inmigración a gran escala. La «generación de 1880» fue considerada la forjadora de la nacionalidad argentina. En 1869, la población urbana no llegaba al 33% del total, pero alcanzó el 42% en 1895 y el 58% en 1914. A modo de comparación, la población rural en Francia rondaba el 50% en fecha tan reciente como 1946. En su primer censo de 1869, Argentina contaba con 1.737.000 habitantes. La Argentina moderna fue producto del proceso de inmigración europea, que trajo al país millones de trabajadores europeos: 160.000 extranjeros llegaron entre 1861 y 1870; el número de inmigrantes alcanzó los 841.000 entre 1881 y 1890, y 1.764.000 entre 1901 y 1910. Entre 1857 y 1930, el «desierto argentino» recibió 6.330.000 inmigrantes, entre tres y cuatro veces su población de la década de 1870; teniendo en cuenta el retorno de los trabajadores estacionales, el proceso dejó un saldo de 3.385.000 inmigrantes: la Argentina moderna fue el resultado de una transfusión de población que fue, porcentualmente, la más intensa del Nuevo Mundo (incluidos los Estados Unidos).

Desde el comienzo, la urbanización se caracterizó por su extrema concentración en Buenos Aires, que absorbió un tercio de su población total.

La configuración de la mano de obra urbana se produjo bajo el impacto de la inmigración europea: esta inmigración era vista como «dispuesta a aceptar cualquier tipo de trabajo, a trabajar en cualquier tipo de condiciones y por cualquier salario». Se decía entonces que sólo los indios eran capaces de trabajar en peores condiciones que las aceptadas por los italianos. Pero a diferencia de los indios, lo que llevaba a muchos italianos a aceptar cualquier trabajo era una tendencia a la autodisciplina en el trabajo, motivada por las expectativas de ascenso social. De hecho, gracias a esta actitud, aceptando las peores condiciones de trabajo y una situación de casi subconsumo, algunos de estos inmigrantes consiguieron forjarse unos pequeños ahorros que les permitieron adquirir otra posición social".[\[57\]](#) Al mismo tiempo, se desarrolló un amplio sistema dedicado a las faltas y la delincuencia, que fue penetrando poco a poco en los centros neurálgicos del Estado y la economía. En una capital mayoritariamente extranjera, se desarrolló la xenofobia, contra las manifestaciones de clase de los trabajadores extranjeros. Argentina fue un caso extremo pero paradigmático: el proletariado industrial surgido de la penetración capitalista tuvo un desarrollo que no guardó relación con la atrofia de la burguesía nacional y el mercado interno, que determinaron sus futuras formas políticas.

La importación de capitales extranjeros favoreció el desarrollo del comercio y de las fuerzas productivas en Brasil (o más específicamente São Paulo y Río de Janeiro) y Argentina (o más específicamente Buenos Aires), y su «europeización» económica y cultural. En Brasil, las primeras inversiones británicas en servicios urbanos se remontan a principios de la década de 1860, con la instalación de alumbrado público de gas, transporte urbano y compañías de agua y alcantarillado. A

partir de la segunda mitad del siglo XIX, la capital brasileña se consolidó como centro financiero, comercial y portuario, con la mayor concentración de trabajadores del país -sólo superada por São Paulo en la década de 1920-, ya que concentraba el 57% del capital industrial de Brasil, con las mayores inversiones en transportes, ferrocarriles y sector manufacturero. A principios del siglo XX, la mayor parte del mercado brasileño ya eran productos norteamericanos, seguidos de ingleses, italianos y franceses. Por otra parte, las grandes migraciones habían modificado la composición étnica de América Latina. A los antiguos movimientos de migración forzada de esclavos africanos sucedió una importante migración europea, especialmente española, italiana y británica, que se mezcló en diversos grados con las poblaciones locales y con la población de origen africano, más fuertemente en el Caribe y en algunas regiones de América del Sur, formando una vasta población mestiza que, junto con amerindios y africanos, fue mayoritaria en casi todas las regiones americanas hasta que la gran migración europea alteró fuertemente la composición étnica de algunos países americanos, especialmente los del Cono Sur.

Ciudades como Río de Janeiro y Buenos Aires eran «cosmopolitas». La gente consumía la última moda de París y convivía con numerosas empresas de capital extranjero, que controlaban casi todos los servicios públicos (transporte, energía, agua corriente). La estructura étnica y social de América Latina estaba experimentando cambios. Basándose en la mezcla étnica supuestamente igualitaria, el ensayista mexicano José Vasconcelos propuso en los años veinte la hipótesis de la «raza cósmica» americana («quinta raza» o raza de bronce), mezcla y síntesis de todas las etnias surgidas en la historia de la humanidad, resultado y aportación específica de América Latina a la historia universal.[\[58\]](#) Era ignorar la fuerza con que la opresión étnica se había puesto al servicio de la explotación de clase. Alexander Von Humboldt, contratado por el gobierno mexicano para hacer un inventario histórico-

geográfico del país, escribió a finales del siglo XIX que «en América el color de la piel determina la condición social». Ignoraba también el nuevo imperialismo que ya se afianzaba en el continente, el del Norte.

En 1895, en Estados Unidos, periódicos y congresistas lanzaron una ofensiva contra la política exterior del gobierno. En todos los puntos de debate -la cuestión de la construcción del Canal de Panamá, Hawai, las crisis políticas de Nicaragua, Brasil y Chile-, la atención se centraba en el papel de Gran Bretaña. La responsabilidad atribuida a la fuga de capitales británicos por la crisis de 1893, y los movimientos de Gran Bretaña para reafirmar sus posiciones en América Latina, fueron el telón de fondo que alentó las tendencias a medir fuerzas con el imperialismo europeo. La administración Cleveland logró establecer la base naval de Pearl Harbor en el Pacífico, con el objetivo de equilibrar el control alemán sobre Samoa. El Congreso estadounidense declaró su oposición a las demandas territoriales británicas en Venezuela: por un tratado concluido con los Países Bajos en 1814, Gran Bretaña había adquirido el territorio de Guyana, y durante medio siglo había mantenido una disputa con Venezuela sobre su frontera occidental, aspirando a una porción cada vez mayor de territorio. Venezuela había apelado varias veces a Estados Unidos, que en 1887 ofreció sus oficinas a Gran Bretaña, proponiendo someter la diferencia a arbitraje. Los británicos rechazaron la propuesta.

Entre las aspiraciones territoriales británicas, la que más preocupaba a Estados Unidos era el control de la desembocadura del río Orinoco. Los venezolanos avivaron los temores subrayando en una nota oficial que no sólo estaba en juego la «Doctrina Monroe» («América para los americanos»), sino que «el control inglés sobre la desembocadura de nuestra gran arteria fluvial, y sobre algunos de sus afluentes, será causa de peligro permanente para la industria y el comercio de gran parte del Nuevo Mundo». Un panfleto no oficial en EEUU

afirmaba que las demandas británicas eran ilegales, y que de prosperar podrían alterar radicalmente las relaciones comerciales y políticas de al menos tres países sudamericanos. El senador expansionista Henry Cabot Lodge afirmó que el control del Orinoco podría convertir el Caribe en un «lago británico». Richard Olney, abogado de las compañías ferroviarias, se hizo cargo de la política exterior en esta época. Para Olney, la expansión en ultramar era la principal salida a los problemas de Estados Unidos. La Doctrina Monroe pasó a interpretarse en términos de interés nacional estadounidense: Estados Unidos tenía el deber de resistir «la agresión deliberada contra sus derechos e intereses». La tensión política internacional llegó al punto de que la Bolsa de Wall Street cayó bruscamente, con pérdidas de 170 millones de dólares. La recuperación fue, sin embargo, casi inmediata: los inversores británicos pudieron abandonar sus posiciones, los estadounidenses pudieron mantener la situación bajo control. Era la prueba de que el capital financiero estadounidense podía ahora desempeñar un papel autónomo en las finanzas Internacionales.

Se firmó un tratado por el que se concedía a los británicos gran parte del territorio reclamado, a excepción de las tierras de la desembocadura del Orinoco. A cambio, Gran Bretaña reconocía por primera vez la Doctrina Monroe y la hegemonía estadounidense en el hemisferio sur. Venezuela no conoció el contenido del acuerdo hasta su publicación. El ministro de Asuntos Exteriores venezolano declaró que «sólo las peligrosas consecuencias de la indefensión en que la negativa colocaría a Venezuela» obligaron al país a reconocer el tratado. Argentina y Chile expresaron su negativa a aceptar la interpretación intervencionista de la Doctrina Monroe. México convocó una reunión a la que asistieron representantes del Caribe y Centroamérica, que elaboraron un informe en el que se afirmaba que los principios de 1823 se estaban volviendo peligrosamente amplios y vagos; debía convocarse «imperativamente» una gran conferencia americana para definir

el verdadero alcance de la Doctrina Monroe. En Brasil, el parlamento aprobó resoluciones de apoyo a la actitud norteamericana. La animadversión suscitada entre los venezolanos por el trato humillante recibido les llevó a posicionarse contra EEUU en la guerra hispano-cubano-estadounidense.

EEUU tenía que expandirse: una de las opciones era Sudamérica. Otra posible vía era ultramar, a través del Océano Pacífico; reforzar la presencia del país en los mares; el Canal de Panamá (que se construiría entre 1904 y 1914) era la consecuencia inevitable de ello. José Martí, intelectual cubano exiliado y corresponsal en EEUU del diario argentino La Nación, nombrado cónsul plenipotenciario en EEUU por los gobiernos de Argentina y Uruguay, caracterizó la vocación imperialista de EEUU en relación con el resto de América: «Por un lado, hay en América un pueblo que proclama su derecho, por autoproclamación, a gobernar, por moral geográfica, el continente, y que anuncia, por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano en una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América debe ser suyo y que debe reconocérsele el derecho imperial desde el istmo hacia abajo; Y del otro lado, están los pueblos de diferentes orígenes y propósitos, cada día más ocupados y menos temerosos, que no tienen otro enemigo real que su propia ambición y la del vecino que los invita a ahorrarse la molestia de quitarles mañana, por la fuerza, lo que felizmente pueden darles ahora». Al año siguiente, Martí representó a varios países sudamericanos en la Conferencia Monetaria Hemisférica, donde utilizó sus conocimientos para llevar la reunión al fracaso. Los escritos de Martí de la década de 1890 iniciaron una toma de conciencia en América Latina contra el imperialismo norteamericano desde una posición democrático-revolucionaria. [\[59\]](#)

Las turbulencias económicas de la década de 1890 crearon un

caldo de cultivo para que las propuestas expansionistas penetraran en los sectores más diversos de Estados Unidos. La depresión económica había puesto en una situación incómoda a la pequeña burguesía y a la aristocracia tradicional, por un lado debido a la proliferación de trusts y por otro al crecimiento del movimiento obrero y del populismo. Para estas clases y sectores sociales, la guerra podía representar una reafirmación de la personalidad y la unidad nacionales, y darles la sensación de que el país no había perdido su capacidad de crecimiento. Se exaltó a los blancos nativos, con la creación del mito del vaquero solitario, armado y desafiando a la muerte, en oposición a los ricos pusilánimes y también al peligroso proletariado de las ciudades, con su plaga de inmigrantes y «socialistas lunáticos», explotando la popularidad de la tenencia individual de armas entre la población dispersa por el interior del país.[\[60\]](#) Este mito fundacional de la identidad nacional estadounidense era demasiado frágil y reciente, y menos poderoso que el romanticismo europeo, con sus mitos de la Francia y la Germania étnicamente «eternas». Estados Unidos era una construcción política e ideológica contemporánea, y no podía pretender ser una fuerza originaria del alba de los tiempos: el nacionalismo estadounidense nunca fue tribal ni étnico, sino político, y necesitaba constantes inyecciones intravenosas para sobrevivir.

En 1891, Washington empezó a negociar con una de las facciones enfrentadas en la guerra civil haitiana el establecimiento de una base naval, un monopolio comercial sobre determinados productos y la creación de lo que se convertiría en un protectorado sobre el Caribe. Aunque la facción haitiana de Hyppolite ganó el conflicto con el apoyo de Estados Unidos, el nuevo régimen se negó a ceder a sus exigencias. El episodio chileno antes mencionado tuvo consecuencias más duraderas, porque hirió el orgullo nacional estadounidense y dio argumentos a quienes exigían que se agilizaran los recursos para construir una poderosa armada. Cuando estalló la rebelión

contra el presidente chileno Balmaceda en 1891, buques de guerra estadounidenses saquearon el barco rebelde Itata, y la US Navy informó al gobierno chileno de la localización de la flota rebelde. Dos marineros estadounidenses fueron asesinados mientras se encontraban en tierra en la ciudad de Valparaíso, y otros treinta y seis fueron detenidos por la policía chilena. La noticia fue recibida como un insulto nacional en Estados Unidos, donde la prensa pidió una declaración de guerra, que el presidente Harrison estuvo a punto de apoyar.

En 1894, la revolución monárquica en Brasil, apoyada principalmente por la Marina (con respaldo británico), estuvo a punto de triunfar contra el presidente Floriano Peixoto, simpatizante de Estados Unidos. Rompiendo el bloqueo de Río de Janeiro impuesto por las fuerzas monárquicas, la flota estadounidense acompañó a buques comerciales, entró en Bahía de Guanabara y abrió fuego contra los barcos rebeldes, lo que impidió la caída de la Primera República. Estos episodios fueron relativamente marginales en relación con el impulso principal de la política exterior estadounidense. El programa electoral republicano de 1896 propuso un «monroeísmo» agresivo, explotando el orgullo nacionalista ya agitado por la crisis venezolana, proponiendo el control estadounidense de las islas Hawai y el proyectado canal interoceánico de Panamá, y se pronunció en defensa de los independentistas cubanos: *Ratificamos la Doctrina Monroe en su totalidad, y reafirmamos el derecho de los Estados Unidos a aplicarla en respuesta a la petición de cualquier Estado americano de una intervención amistosa en caso de intervención europea. Observamos con profundo y permanente interés las heroicas luchas de los patriotas cubanos contra la crueldad y la opresión. Esperamos con ilusión la retirada de las potencias europeas de este hemisferio.*

El cambio de las condiciones internacionales facilitó la intervención estadounidense en Cuba en 1898. Los planes estadounidenses de ocupar Cuba y Puerto Rico habían quedado

aparcados tras los levantamientos independentistas de 1868. España había conseguido mantener las islas del Caribe como colonias hasta finales del siglo XIX porque las ambiciones británicas y estadounidenses se habían neutralizado mutuamente. El acercamiento entre ambas potencias, a partir y tras la disputa de límites en Venezuela, puso de manifiesto la fragilidad de la posición española. El 21 de abril de 1898, el gobierno estadounidense declaró la guerra a España por la independencia de Cuba, Puerto Rico y las islas Filipinas. El jefe de las tropas rebeldes cubanas, Máximo Gómez, consideró que el conflicto ponía a Bolívar y Washington en el mismo bando contra la potencia colonial europea. Con la llegada de las tropas estadounidenses, la guerra se definió rápidamente. Para España, la entrada de EEUU en el conflicto permitió una salida honrosa y rápida. McKinley apartó a los líderes cubanos de la toma de decisiones militares y, más tarde, de las negociaciones políticas de paz. El desenlace de la guerra se redujo a un ataque terrestre a los cuarteles de Santiago y una batalla naval en la bahía de esa ciudad, que acabaron con toda esperanza de recuperación de las fuerzas españolas. Estados Unidos trató inmediatamente de impedir la transferencia de la soberanía política a los cubanos, especialmente a los rebeldes independentistas.

En marzo de 1898, el embajador estadounidense en España confió a su homólogo británico que «el azúcar cubano es tan vital para nuestra nación como el trigo y el algodón de la India y Egipto lo son para Gran Bretaña». En mayo de 1898, la flota estadounidense destruyó la española en el Pacífico, lo que reforzó las demandas internas de anexión de Hawai. En el Caribe, esto se tradujo en el objetivo de dominar Puerto Rico, debido a su posición estratégica, alimentando el debate nacional estadounidense sobre las ventajas de una intervención en la guerra de Cuba e incluso, para los más extremistas, una anexión de Cuba. Se convocó una Asamblea Constituyente en Cuba; el Senado de EEUU aprobó la «Enmienda Platt» (llamada así por el senador que la propuso), que establecía los lazos

legales del país con Cuba, otorgando a EEUU derechos de intervención en los asuntos internos de Cuba. La enmienda fue impuesta a los delegados constituyentes cubanos para su aprobación sin modificaciones, como apéndice a la constitución del país «independiente». La mayoría de los representantes se negó a aprobarla, pero el gobierno estadounidense amenazó con mantener su ocupación militar de la isla. Esta presión obligó a aceptar el apéndice.

Con motivo de la entrada de la flota anglo-alemana en el puerto de La Guayra (Venezuela) imponiendo un bloqueo marítimo para cobrar la deuda del país, EEUU fue consultado y dio su consentimiento, lo que significó «para el continente americano la transición del intervencionismo europeo a la tutela estadounidense...». La nota del ministro argentino Drago al Departamento de Estado, afirmando que no se podía cobrar la deuda pública mediante una intervención militar armada, fue la única manifestación oficial en América Latina a favor de Venezuela".[\[61\]](#) Las relaciones geopolíticas del mundo estaban cambiando con la aparición de una nueva potencia con costas en los océanos Atlántico y Pacífico, y con intereses económicos cada vez más globales. Desde finales del siglo XIX, Estados Unidos experimentó un crecimiento exponencial de la producción industrial, lo que convirtió al país en la potencia industrial dominante a principios del siglo XX, según datos comparativos sobre la producción de carbón y acero en relación con sus rivales europeos.

Carbón, millones de toneladas

Año	Gran Bretaña	Alemania	Estados Unidos
1871	117	29	42
1880	147	47	65
1890	182	70	143
1900	225	109	245
1913	292	190	571

Fierro fundido y acero en millones de toneladas

Año	Gran Bretaña (Hierro)	Gran Bretaña (Acero)	Alemania (Hierro)	Alemania (Aço)	EEUU (Hierro)	EEUU (Acero)
1880	7.9	3.7	2.7	1.5	4.8	1.9
1890	8.0	5.3	4.7	2.9	10.1	4.7
1900	9.1	6.0	8.5	6.3	20.4	17.2
1910	10.2	7.6	14.8	13.1	30.0	31.8

A finales del siglo XIX, Estados Unidos ya se estaba expandiendo hacia el Sur. El término panamericanismo se utilizó por primera vez en las columnas de The New York Evening Post en 1882, durante la iniciativa del Secretario de Estado James Blaine de organizar un congreso de naciones americanas en Washington. El concepto reproducía las ideologías que definían los proyectos de unificación de las naciones en el contexto del creciente poder colonial de las potencias europeas. El concepto de panamericanismo resurgió en la Conferencia de Washington de 1889. La histórica Guerra Hispano-Norteamericana fue decisiva y marcó el inicio del imperialismo estadounidense.[\[62\]](#) Hasta la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos multiplicó sus intervenciones externas, especialmente en América Latina:

1891 – Haití – Tropas estadounidenses sofocan una revuelta de trabajadores negros en la isla de Navassa, reclamada por EEUU.

1893 – Hawai – La marina estadounidense es enviada para suprimir el reino independiente y anexionar la isla a EEUU.

1894 – Nicaragua – Tropas estadounidenses ocupan durante un mes Bluefields, ciudad del mar Caribe.

1894 – 1895 – China – La marina, el ejército y los marines estadounidenses desembarcan en el país durante la guerra chino-japonesa.

1894 – 1896 – Corea – tropas estadounidenses permanecen en Seúl durante la guerra chino-japonesa.

1895 – Panamá – Tropas estadounidenses desembarcan en el puerto de Corinto, provincia colombiana.

1898 – 1900 – China – Tropas estadounidenses ocupan la capital durante la «rebelión de los bóxers».

1898 – 1910 – Filipinas – Intervención estadounidense en la lucha del país por su independencia de España: masacres de Balangica (Samar) y Bud Bagsak (Sulu).

1898 – 1902 – Cuba – Tropas estadounidenses bloquean el país durante la guerra hispano-estadounidense.

1898 – Puerto Rico – Las tropas estadounidenses sitian la isla durante la Guerra Hispano-Estadounidense.

1898 – Guam – La marina estadounidense desembarca en la isla y establece una base naval permanente.

1898 – Nicaragua – Marines estadounidenses invaden el puerto de San Juan del Sur.

1899 – Samoa – Tropas estadounidenses desembarcan para intervenir en el conflicto interno por la sucesión al trono.

1899 – Nicaragua – Tropas estadounidenses desembarcan por segunda vez en el puerto de Bluefields.

1901 – 1914 – Panamá – La marina estadounidense apoya la secesión del territorio colombiano; las tropas estadounidenses ocupan la zona del canal desde 1901, año en que comenzó su construcción.

1903 – Honduras – Los marines estadounidenses desembarcan e intervienen en la guerra civil.

1903 – 1904 – República Dominicana – Tropas estadounidenses invaden el país para «proteger los intereses americanos».

1904 – 1905 – Corea – desembarco de marines durante la guerra ruso-japonesa.

1906 – 1909 – Cuba – Tropas estadounidenses desembarcan durante el periodo electoral.

1907 – Nicaragua – tropas estadounidenses invaden el país e imponen un protectorado de facto.

1907 – Honduras – Desembarco de marines durante la guerra de Honduras contra Nicaragua.

1908 – Panamá – Despliegue de marines durante el periodo electoral.

1910 – Nicaragua – Los marines estadounidenses desembarcan de nuevo en Bluefields y Corinto.

1911 – Honduras – Tropas enviadas para «proteger los intereses estadounidenses» durante la guerra civil.

1911 – China – Envío de tropas navales y terrestres durante un periodo de luchas internas.

1912 – Cuba – Tropas estadounidenses enviadas para «proteger los intereses americanos» en La Habana.

1912 – Panamá – Los marines ocupan el país durante las elecciones.

1912 – Honduras – Tropas enviadas al país para «proteger los intereses americanos».

1912 – 1933 – Nicaragua – Tropas estadounidenses ocupan el país para luchar contra los insurgentes de Sandino.

En Centroamérica, Estados Unidos aprovechó la Guerra de los Mil Días, un conflicto civil que asoló la República de Colombia (incluido Panamá, que era una provincia de Colombia) entre 1899 y 1902. La guerra civil, con numerosos frentes guerrilleros, terminó en 1902 tras causar la muerte de unas

100.000 personas, el 3,5% de la población colombiana de la época. La cuestión panameña estuvo en el centro de la crisis colombiana. En 1903, mediante sobornos a parlamentarios colombianos y una intervención militar directa, Estados Unidos impuso el Tratado Hay – Bunau Varilla, por el que sacaba del país a la provincia de Panamá y proclamaba su independencia. Estados Unidos conquistó así la zona en la que ya se había iniciado la construcción del Canal de Panamá. La secesión de Panamá marcó un nuevo hito en la expansión imperialista estadounidense.

El canal interoceánico dibujaba la perspectiva de la hegemonía naval estadounidense en el Atlántico y el Pacífico. EEUU aprovechó la quiebra de la antigua Compañía Francesa del Canal, cuya construcción había consumido ya 250 millones de dólares, y compró sus acciones por 40 millones de dólares. La independencia del país se proclamó en 1903 con el apoyo de Estados Unidos. En 1904, durante el gobierno de «Teddy» Roosevelt, se reanudó la reconstrucción del Canal, que fue inaugurado en 1914, tras gastar 360 millones de dólares, a través de una empresa estatal creada al efecto. Por el derecho a poseer el Canal de Panamá, EEUU pagó 10 millones de dólares y se comprometió a pagar 25.000 dólares anuales al nuevo país. Durante la construcción del Canal de Panamá, entre 1904 y 1914, la empresa estadounidense encargada de las obras contrató a 100.000 trabajadores extranjeros; un número similar de inmigrantes llegó también a la región. El 60% de los trabajadores contratados eran nativos de las islas del Caribe bajo mandato francés, británico u holandés. Estados Unidos segregó un área para construir y operar la ruta marítima, la «Zona del Canal de Panamá» (más de 1.000 kilómetros cuadrados), donde vivían 60.000 personas bajo el estrecho control de las autoridades militares estadounidenses, así como una población militar flotante. Se creó un sistema de retribución diferenciada para los trabajadores, basado en criterios étnicos.

Se daban las condiciones para la hegemonía geopolítica mundial estadounidense. En la migración mundial entre 1820 y 1930, la mayor registrada en la historia, EEUU recibió el 61,4% de los emigrantes del mundo, seguido de Canadá (con el 11,5%) y Argentina (con el 10,1%). El espectacular aumento de la población estadounidense, junto con la integración del país a través de una extensa red de ferrocarriles y rutas pavimentadas, sentó las bases de un enorme mercado interno, que sería el punto de apoyo más fuerte del capitalismo estadounidense en el futuro, y su carta ganadora en las turbulencias económicas internacionales. Su poder mundial fue el resultado de su intervención directa o indirecta en sangrientas guerras internacionales, que coincidió con la aparición y expansión de monopolios capitalistas en el país y su creciente gestión estatal. El capital estadounidense se expandió internacionalmente en nombre del «libre comercio» mientras los monopolios se apoderaban de su sistema económico. La política norteamericana alcanzó una dimensión global; el «imperialismo yanqui» sería, junto con la onda expansiva de la Revolución de Octubre de 1917, una de las dos fuerzas centrales de la historia del siglo XX, siempre asentada en su «patio trasero» latinoamericano.

[1] Jorge L. Domínguez. *Insurrección o Lealtad*. La desintegración del imperio español en América. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

[2] C. L. R. James. *Os Jacobinos Negros*. São Paulo, Boitempo, 2000.

[3] Ruggiero Romano. *Le Rivoluzioni Borghesi*. Milão, Fratelli Fabbri, 1973.

[4] Nelson Martínez Díaz. *La Independencia Hispanoamericana*. Madri, Historia 16, 1999.

[5] Eder Sader. *Um Rumor de Botas*. São Paulo, Polis, 1982.

[6] Manuel Chust. Las Cortes de Cádiz y el autonomismo americano 1808-1817. *Historia y Sociedad* n° 12, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, novembro de 2006.

[7] Octavio Paz. *O Labirinto da Solidão*. Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1984, assim como as citações precedentes.

[8] Pierre Chaunu. *História da América Latina*. São Paulo, Difusão Europeia do Livro, 1981.

[9] Augusto Céspedes. *El Dictador Suicida*. 40 años de historia de Bolívia. La Paz, Juventud, 1968.

[10] Tulio Halperin Donghi. *Guerra y Revolución*. La formación de una elite dirigente en la Argentina criolla. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1972.

[11] Norbert Lechner. *Estado y Política en América Latina*. México, Siglo Veintiuno, 1981.

[12] François Guizot. *Histoire Parlementaire de France*. Recueil de discours. Paris, Hachette, 2012 [1863-1864].

[13] Apud Willard Sterne Randall. *Thomas Jefferson: a Life*. Nova York, Henry Holt, 1993.

[14] Nicolas Shumway. *La Invención de la Argentina*. Buenos Aires, Emecé, 2013.

[15] Karl Marx. *Simon Bolívar*. Buenos Aires, Rafael Cedeño, 1987.

[16] Ruggiero Romano. *Le Rivoluzioni Borghesi*, cit.

[17] José Luis Romero. El fracaso de la unidad hispanoamericana. In: *Gran Historia de Latinoamérica* n° 36, Buenos Aires, abril 1973.

[18] Juan Bautista Alberdi. *Fundamentos da Organização*

Política da Argentina. Campinas, Editora da Unicamp, 1994.

[19] Francisco Gutiérrez Contreras. *Nación, Nacionalidad, Nacionalismo*. Barcelona, Salvat, sdp.

[20] Iván Jaksic e Eduardo P. Carbó. *Liberalismo y Poder*. Latinoamérica en el siglo XIX. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2011.

[21] Robert Harvey. *Los Libertadores*. La lucha por la independencia de América Latina 1810-1830. Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2009.

[22] Fabiana de Souza Fredrigo. *Guerras e Escrita*. A correspondência de Simón Bolívar (1799-1830). São Paulo, Edunesp, 2010.

[23] Milciades Peña. *El Paraíso Terrateniente*. Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1972.

[24] Perry Anderson. Internationalism: a breviary. *New Left Review* n° 14, Londres, março-abril 2002.

[25] Manfred Kossok. El contenido burgués de las revoluciones de independencia en América Latina. *Historia y Sociedade* n° 4, México, 1974.

[26] G. W. F. Hegel. *Filosofia de la Historia Universal*. Buenos Aires, Anaconda, 1946 [1830].

[27] Cf. Boleslao Lewin. *La Rebelión de Túpac Amaru*. Los orígenes de la independencia de Hispanoamérica. Buenos Aires, SELA, 2004; Gabriel Passetti. *Indígenas e Criollos*. São Paulo, Alameda, 2012.

[28] David A. Brading. *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763–1810*. Cambridge, Cambridge University Press, 1971.

[29] Tulio Halperin Donghi. *Historia Contemporánea de América Latina*. Madri, Alianza, 1976, assim como a citação precedente.

[30] [Ciro F.S. Cardoso e Héctor Pérez Brignoli](#). *Centro América y la Economía Occidental (1520-1930)*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1983.

[31] [Edelberto Torres Rivas](#). *Historia General de Centro América*. Buenos Aires, Flacso, 1993.

[32] [José A. Piqueras](#). *Sociedad Civil y Poder en Cuba*. Colonia y poscolonia. Madri, Siglo XXI, 2005.

[33] [Leon Pomer](#). *As Independências da América Latina*. São Paulo, Brasiliense, 1981.

[34] [Hans-Joachim König](#). *En el Camino Hacia la Nación*. Bogotá, Banco de la República, 1988.

[35] [Roberto C. Conde e Ezequiel Gallo](#). *La Formación de la Argentina Moderna*. Buenos Aires, Paidós, 1973.

[36] [Michael Johns](#), Industrial capital and economic development in turn of the century Argentina. *Industrial Geography*, vol. 68, nº 2, Londres, abril 1992.

[37] [Enrique Semo](#). *Historia Mexicana: Economía y Lucha de Clases*. México, Ediciones Era, 1978.

[38] Cf. [Osvaldo Coggiola](#). O militarismo na América Latina. *Estudos* nº 1, São Paulo, CODAC/USP, junho 1986.

[39] [Fred Rippy](#). *La Rivalidad entre Estados Unidos y Gran Bretaña por América Latina, 1808-1830*. Buenos Aires, Eudeba, 1967.

[40] [H. S. Ferns](#). *Britain and Argentina in the 19th Century*. Oxford, Clarendon Press, 1960.

[41] [Maria de Castro Magalhães Marques](#). *A Guerra do Paraguai*. Rio de Janeiro, Relume-Dumará, 1995.

[42] [Júlio José Chiavenato](#). *Genocídio Americano: a Guerra do Paraguai*. São Paulo, Círculo do Livro, 1988.

[43] Sergio Bagú. La estructuración económica en la etapa formativa de la Argentina moderna. *Desarrollo Económico* vol. 2 nº 1, Buenos Aires, julho-setembro de 1961.

[44] Vicente Vazquez Presedo. *El Caso Argentino*. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo 1875-1914. Buenos Aires, Eudeba, 1971.

[45] Eduardo Míguez. *Historia Económica de la Argentina*. De la conquista a la crisis de 1930. Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

[46] Carmen Mc Evoy e Gabriel Cid. *La Guerra del Pacífico (1879-1883)*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2023.

[47] Fábio Aristimunho Vargas. *Formação das Fronteiras Latino-americanas*. Brasília, FUNAG, 2017.

[48] Rui Guilherme Ranziera. *A Guerra do Paraguai e o Capitalismo no Brasil*. São Paulo, Hucitec, 1977.

[49] Mario Pedrosa e Livio Xavier. **Esboço de uma análise da situação econômica e social do Brasil**. In: **Fúlvio Abramo e Dainis Karepovs (orgs.)**. **Na Contracorrente da História**. São Paulo, Brasiliense, 1987.

[50] Índio zapoteca nascido em 21 de março de 1806, Benito Pablo Juárez García governou o México desde 1858 até sua morte em 1872, após servir cinco durante períodos como presidente (Ralph Roeder. *Juárez y su México*. México, Fondo de Cultura Económica, 1972).

[51] François Weymuller. *Historia de México*. Barcelona, Oikos Tau, 1985.

[52] Paolo Riguzzi. El surgimiento de la integración económica entre México y Estados Unidos. *Documentos de Investigación* nº 53, México, El Colegio Mexiquense, 2000.

[53] Adolfo Gilly. *La Revolución Interrumpida*. México, Era,

1984.

[\[54\]](#) Andrés M. Regalsky. *Las Inversiones Extranjeras en Argentina (1860-1914)*. Buenos Aires, CEAL, 1986.

[\[55\]](#) Enrique Krauze. *La Presencia del Pasado*. La huella indígena, mestiza y española de México. Barcelona, Tusquets, 2005.

[\[56\]](#) Félix Luna. *Alvear*. Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

[\[57\]](#) Ricardo Falcón. *El Mundo del Trabajo Urbano*. Buenos Aires, CEAL, 1986.

[\[58\]](#) José Vasconcelos. *La Raza Cósmica*. México, Espasa Calpe, 1948.

[\[59\]](#) Ricaurte Soler. *Idea y Cuestión Nacional Latinoamericanas*. México, Siglo XXI, 1980.

[\[60\]](#) Eric J. Hobsbawm. *A Era dos Impérios 1875-1914*. Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1989.

[\[61\]](#) Clodoaldo Bueno. *Política Externa da Primeira República*. São Paulo, Paz e Terra, 2003.

[\[62\]](#) Philip S. Foner. *La Guerra Hispano-Cubano-Americana y el Surgimiento del Imperialismo Norteamericano*. Madrid, Akal, 1975.